# ANATOMÍA DE UN ENGAÑO



NOELIA SERRANO

# ANATOMÍA DE UN ENGAÑO

Noelia Serrano

Copyright © 2026 Noelia Serrano

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, sin la autorización previa y por escrito de la autora. Protegido mediante Safe Creative.

Depósito legal: B 5394-2026

A Agatha Christie,
la mejor asesina de todos los tiempos.
Te debo cada cadáver.

«La culpabilidad, la vergüenza y el miedo
son los móviles inmediatos del engaño».
—Daniel Goleman

«No vemos las cosas como son,
vemos las cosas como somos».
—Anaïs Nin

# LOS HECHOS

El 13 de noviembre se denunció la desaparición de Candela Soto. Su marido aseguró que había salido de casa la noche del 12 de noviembre para cenar con una amiga. Sin embargo, dicha mujer negó haberla visto.

El paradero de Candela Soto y los hechos relacionados con su desaparición son, a día de hoy, un misterio.

# PRIMERA PARTE:
# ANATOMÍA

Cuando alguien desaparece, no basta con preguntarse dónde está. Hay que mirar atrás y entender por qué.

Una desaparición empieza mucho antes del último día en que la persona es vista. La verdadera anatomía no consiste en buscar un cuerpo, sino en desmenuzar los hechos hasta dar con el motivo.

Porque la razón apunta al cómo, y el cómo siempre acaba conduciendo al dónde.

# CAPÍTULO 1

## Isabel Ferrándiz

*En la actualidad*
*Domingo, 17 de noviembre*

Me aferro a la copa de whisky como si fuera mi único punto de gravedad. Le doy un par de tragos, el primero con indecisión, el segundo con algo más de determinación. El ardor inmediato me quema la garganta y se desliza hasta el estómago.

No soy muy amiga de las bebidas alcohólicas, pero en estos momentos necesito despejarme. No es el alcohol lo que busco. Es una excusa para no hablar todavía. Para retrasar unos segundos más lo que he venido a decir.

Me dejo llevar por esta sensación que promete calma, pero con la impaciencia de no estar sintiéndola aún.

Entonces, durante unos instantes, el alcohol hace efecto. Ya no siento las botas encharcadas ni el goteo constante de mi cabello pelirrojo empapándome la espalda.

Estoy tiritando, pero no me doy cuenta.

Me tiemblan tanto las manos que ya me he acostumbrado al tintineo de los hielos que flotan en el vaso.

Vuelvo al presente.

Estoy tan nerviosa y tan confundida que por un momento me he olvidado de dónde estoy y de qué he venido a hacer.

Me percato de que estoy sentada en un sofá de cuero que no es mío, en un salón extraño, rodeada de muebles que nunca antes había visto. Frente a mí hay un mueble de madera con una maqueta de un barco, una pila de vinilos, un tocadiscos viejo y polvoriento y un par de libros apilados sin ningún cuidado. En cuanto encuentro con la mirada ese libro que le regalé, no puedo evitar sorprenderme.

No sé por qué me duele tanto verlo; saber que nunca lo tiró y que mi torpe dedicatoria en la primera página sigue existiendo.

A mi lado, en un sillón orejero de cuero marrón, un hombre me observa con preocupación. En su mirada hay un atisbo de alerta, como si intuyera que mi visita solo puede traer problemas. Y no se equivoca: que una antigua novia se presente en tu casa de madrugada no puede significar nada bueno.

—¿Isabel? —me pregunta, con el ceño fruncido—. Bebe, anda, te ayudará a entrar en calor. Te sentará bien, vamos.

Su voz grave se diluye entre el estruendo de los truenos que sacuden los ventanales que dan al jardín delantero.

Bosco siempre ha hablado así, ronco y monocorde. Antes me calmaba. Ahora no sé qué me provoca. Nada bueno, diría yo.

Me inclino hacia él, temiendo que alguien pueda oír lo que estoy a punto de decir, aunque estamos solos.

—Lo siento mucho, Bosco —murmuro, sin levantar la cabeza—. No tendría que haber venido…

—No pasa nada.

Mientras termina de anudarse el albornoz granate, añade:

—La verdad es que me sorprende verte después de tanto tiempo…

Levanto la mirada. En su rostro sigo reconociendo al de siempre. Hace tiempo que no nos vemos, pero aún parece el mismo hombre del que me enamoré.

En el fondo, me asombra estar ante una versión suya que aún puedo reconocer. Recordar sus gestos y sus tics me resulta reconfortante y, a la vez, me asusta.

Me da pavor que después de tantos años seamos los mismos. Que nada haya cambiado y, sin embargo, esta noche todo vaya a cambiar.

—No sabía a dónde más ir… —balbuceo, apurando el whisky—. Dios, ahora me siento ridícula.

—Cuéntame qué ocurre —insiste, seco.

Me tomo unos segundos de más para observar sus facciones. Está envejecido, pero sigo distinguiendo el cabello entrecano, antes completamente oscuro, la nariz aguileña con esas nuevas arrugas y esos labios finos.

—No es fácil de explicar…

—Inténtalo —responde él, tratando de sonar comprensivo.

Trago saliva.

Me está mirando como si buscara a la mujer que fui. No la va a encontrar. Ni siquiera yo sé muy bien dónde quedó.

Lo cierto es que ha dejado entrar a una desconocida en mitad de la noche. Y lo sabe.

Cualquiera en su lugar no me habría dejado pasar. Cualquiera con algo de sentido común, quiero decir. Pero Bosco siempre ha sido curioso por naturaleza, y necesita saber por qué he venido a verlo a estas horas y después de tanto tiempo.

Además, siente debilidad por las mujeres en apuros. Supongo que es uno de sus defectos.

—¿Puedo confiar en ti? —carraspeo, nerviosa.

La pregunta suena más frágil de lo que pretendía.

—¿Alguna vez te he dado algún motivo para no hacerlo? —responde, con cierta amargura.

Sí, pienso. Los dos lo sabemos. Pero como parece temer mi respuesta, la dejo suspendida entre nosotros.

Me acerco a él y apoyo la mano en su pierna. Un gesto inocente. Bosco no se aparta, y eso es lo que más me desarma.

—Necesito estar segura de que puedo contarte lo que sea…

—Sabes que sí —afirma.

—¿A pesar de todo?

—Isabel —dice—, estoy aquí, ¿no? Ahora dime qué es lo que está pasando.

Aparto la mano de su pierna. No puedo aplazarlo más.

Entrelazo los dedos con torpeza y me los froto, movida por la ansiedad más que por el frío. No pensaba que fuera a ser tan difícil. Pero aquí estoy, no puedo echarme para atrás.

—Tú sigues trabajando como detective privado, ¿no? —pregunto, convencida. Sin esperar respuesta, continúo—: Necesito contarle a alguien lo que sé. Estoy muy confundida, Bosco.

Él me mira extrañado, frunciendo el ceño, incapaz de adivinar lo que estoy a punto de confesarle. Y no lo puedo juzgar: nadie se imaginaría una cosa así.

Antes de que me pueda decir nada, me adelanto:

—Es sobre una mujer desaparecida —digo, con la voz temblorosa —. Sé quién la ha secuestrado.

# CAPÍTULO 2

*Día 2*
*Miércoles, 13 de noviembre*

«—La mujer en cuestión ha desaparecido esta semana —digo, con la voz temblorosa—. La noche del martes 12 de noviembre, para ser exactos, aunque no denunciaron su desaparición hasta el día siguiente…».

*

—Cierra la puerta, ¿quieres? —dice el comisario Sallent, en una octava más grave de lo habitual.

A la inspectora Morant le da la sensación de que, con ese tono hostil, insinúa que es demasiado tonta como para saber cerrarla bien. Aunque, a decir verdad, ya está acostumbrada a que le hable así.

La inspectora cierra la puerta con un movimiento suave, midiendo la fuerza para no crear un estruendo que le dé otro motivo al comisario para reprenderla.

Entonces se forma un silencio espeso en el despacho. Él repasa unos documentos con una concentración tan exagerada que resulta

claramente falsa.

El despacho del comisario es amplio, pero poco acogedor; como él. Un escritorio de madera oscura ocupa casi todo el espacio, cubierto de carpetas desordenadas, informes amontonados y un calendario de hace dos años que nadie se ha molestado en reemplazar. Todo huele a café frío y a rutina.

La inspectora Morant permanece quieta en el centro del despacho, sin saber muy bien dónde colocar las manos. Entonces empieza a pensar en él y en ella. En ellos. En cómo han cambiado las cosas.

Todavía recuerda cuando el comisario Sallent no le hablaba con esa frialdad exagerada. Hace un año, las cosas eran distintas, sin duda. Pero la magia no dura para siempre. Las cosas se estropean. Si las usas demasiado, se rompen. Si no las cuidas, se deterioran.

Lo suyo se resquebrajó por completo. No había forma de salvarlo.

Dicen que siempre aprendemos algo cuando estamos en pareja, pequeños hábitos o gestos que se nos contagian. Pero de él solo se le pegó el malhumor.

Desde entonces, la inspectora Morant arrastra un cansancio crónico que no desaparece ni en su cama ni apoyada en la barra de un bar.

Lo peor es que todos en la comisaría saben lo que pasó entre ellos. Y, encima, aunque lo negara en su momento, la inspectora sabe que fue él quien propagó el rumor.

Durante semanas, todos los agentes la miraban de reojo y cuchicheaban a sus espaldas. Pasaron dos meses hasta que alguien se atrevió a compartir ascensor con ella.

—¿Qué tal los gatos? —pregunta el comisario con tono burlón mientras apila los papeles que está revisando sobre el escritorio.

«Gato, en singular», corrige ella mentalmente. «Cretino».

—¿Y tú, qué tal tus hijos?

Al instante, la inspectora aprieta los párpados, temiendo encontrarse con su rostro furioso. No tendría que haber dicho nada.

—No te pases de lista.

—Perdón —balbucea ella, encogiéndose y haciéndose pequeñita. Luego añade, con ganas de marcharse cuanto antes—: ¿Querías verme?

—Te voy a pasar el caso de la mujer que ha desaparecido —carraspea él—. Candela Soto, la periodista esa.

—¿La presentadora del telediario?

—Ya no —la corrige, serio—. Ahora trabaja como redactora en un periódico.

—De acuerdo.

—Ya están yendo a su domicilio para interrogar al marido —explica—. Ha sido él quien ha dado el aviso. Nadie la ha visto desde ayer.

—Perfecto.

—¿Me puedo quedar tranquilo? —inquiere él.

Más que una pregunta, parece una provocación. No se fía de ella.

—Por supuesto.

La inspectora Morant se da la vuelta, dispuesta a salir de allí lo antes posible, pero la voz hostil del comisario la detiene antes de que alcance el pomo.

—Sabes por qué te paso el caso, ¿no?

Ella gira la cara, ladeando ligeramente la cabeza, inexpresiva.

—Para ver cómo te equivocas —responde, sin apartar la mirada.

«Gracias por los ánimos», piensa la inspectora, con un nudo en la garganta.

Quiere marcharse, pero algo la retiene. Sabe que al comisario Sallent le gusta tener la última palabra. Le gusta apretar sin ahogar y disfrutar del sufrimiento que le causa con sus palabras.

Entonces, la inspectora Morant traga saliva y espera con ansias ese último gancho que la desestabilice.

—Un solo error —añade él, inclinándose hacia delante, apoyando ambas manos sobre el escritorio—, y te echaré.

.

# CAPÍTULO 3
## Isabel Ferrándiz

*En la actualidad*
*Domingo, 17 de noviembre*

El silencio se espesa entre nosotros. Tanto que por un instante creo que puedo oír el roce de sus pensamientos contra los míos.

Atrapada en esta pausa eterna, echo un vistazo al salón en el que estoy. Debe ser cosa mía, pero algo ha cambiado. Las paredes parecen estar más cerca y el techo más bajo. Es como si la casa hubiera decidido cerrarse sobre mí después de escuchar lo que acabo de decir.

—Isabel —dice Bosco, tenso—. Vas a tener que darme más detalles, porque no entiendo qué me estás contando…

Su voz grave me aprieta con esa orden. Mis labios están sellados, pero me obligo a despegarlos. La lluvia repiquetea con fuerza contra los ventanales y el frío empieza a imponerse a la calefacción, filtrándose por cada rincón del salón.

De golpe, la temperatura baja varios grados y siento cómo el frío se mete bajo la ropa mojada y me hace tiritar. Bosco también lo siente. Lo veo mirar de reojo hacia la chimenea apagada y hacia el

termostato. Sé que querría levantarse, pero no se mueve. Está hundido en el sillón, rígido, como si alguien lo hubiera clavado ahí.

Yo tampoco puedo moverme. Una parte de mí, la más sensata probablemente, está tan asustada que quiere salir corriendo; pero no lo hago. Este sofá es mi cárcel.

—¿De qué mujer hablas? —insiste, intranquilo—. Cuéntame qué está pasando, Isabel. ¿Qué ocurre? Me despiertas en mitad de la noche y…

Exhalo con dificultad y, temblando, saco del bolsillo de mi abrigo empapado un recorte de periódico arrugado. A pesar de lo húmedo que está, la tinta del papel no se ha emborronado demasiado.

Lo agarra de inmediato. Sus dedos se aferran al papel húmedo mientras sus ojos recorren el titular una y otra vez: «La policía activa la búsqueda de Candela Soto».

Veo cómo se le dilatan las pupilas al leer el nombre. Hay incredulidad y temor en su mirada. También un sentimiento de confusión.

Me quedo esperando, estudiando cada expresión de su rostro, intentando adivinar qué piensa, anticiparme a lo que va a decir.

El silencio se instala en la estancia de nuevo, como un invitado más, y solo se rompe con el crujido de la madera cuando Bosco se pone en pie y se aleja sin decir palabra hacia el mueble bar.

—¿Qué haces? —pregunto con un hilo de voz.

No responde. Mis palabras desaparecen al momento de pronunciarlas, como si no me hubiera escuchado.

En su lugar, se sirve una copa generosa de whisky y se la bebe de un trago. Aprieta el vaso hasta que los nudillos se le ponen blancos. Por un momento, temo que lo vaya a romper.

Pasan los segundos y la tensión aumenta. Él sigue de pie, firme, de espaldas a mí. No quiere verme la cara.

—Isabel —murmura, al fin—. ¿Para qué has venido?

En su voz grave y desgastada se mezclan la acusación y el desconcierto. Me mira como si genuinamente fuera una amenaza para él. Como si mi visita solo fuera a traerle problemas; y, en parte, no se equivoca.

—¿A qué estás jugando, joder? —insiste Bosco, angustiado.

—Estoy muy asustada. No sabía con quién más hablar.

—Pero ¿por qué aquí? ¿Por qué yo? —grita, ladeando la cabeza, incrédulo—. Yo no puedo ayudarte con esto. No sé qué sabes, pero no puedo ayudarte.

—¡Sí puedes! —insisto, alzando la voz por primera vez—. Sé quién lo ha hecho, pero no sé cómo demostrarlo…

De repente se abalanza sobre mí. Su copa cae al suelo y se hace añicos. Bosco me agarra del brazo y me arrastra hasta ponerme en pie.

—¿Adónde vamos? —protesto—. ¡Me haces daño! ¿Qué haces? ¡Suéltame, Bosco! ¡Me estás haciendo daño!

Intento resistirme con todas mis fuerzas, pero es inútil. Es mucho más fuerte que yo.

Él aprieta la mandíbula, con esa mirada sombría, casi animal. Está fuera de sí.

—¡No quiero que me metas en esto! —berrea, arrastrándome por el salón—. ¡Vete ahora mismo!

—¡No puedo irme! ¡Por favor, Bosco!

Mientras avanzamos en ese forcejeo absurdo, empiezo a patalear y acabo volcando la mesa de centro de jade; las cartas y las facturas salen despedidas y una lámpara de pie se desploma. Al caer esta, el salón queda sumido en una oscuridad casi total.

Nos detenemos en mitad de la sala, sorprendidos por el estruendo y la penumbra repentina. Esa oscuridad me acaba de salvar.

Me mira indignado, intentando comprender qué está pasando por mi cabeza y cómo va a conseguir hacerme entrar en razón. La cosa es que no hay forma de convencerme de que me vaya. No ahora.

—¿Por qué no puedes irte? —estalla Bosco, agachándose para recolocar la lámpara y recoger la correspondencia—. Joder, Isabel, estamos haciendo el idiota.

—No puedo. De verdad que no puedo…

—¿Pero por qué no? —cuestiona, frustrado—. Si sabes quién la ha secuestrado, ¿por qué no vas a la policía? ¿Qué quieres de mí?

—Porque no tengo suficientes pruebas —exhalo, agotada—. Ya te lo he dicho.

—¡No quiero que me metas en esto! —grita, al borde de un ataque de nervios—. ¿Te queda claro? Yo no tengo nada que ver.

Me mira con un desprecio exagerado. En su rostro hay un mensaje claro: «Esta conversación ha terminado». Pero no me muevo. No pienso irme.

Confío, o me aferro desesperadamente a la idea, de que detrás de esos ojos duros aún queda una chispa de compasión. Y sé que cualquier enfrentamiento con él es mejor opción que marcharme sin una sola respuesta.

Me llevo una mano al pecho; noto cómo el corazón golpea mis costillas. Aún no me recupero del susto.

—No puedo ir a la policía —balbuceo—, porque ha sido mi marido. Él la ha secuestrado.

# CAPÍTULO 4

*Día 3*
*Jueves, 14 de noviembre*

«—La primera vez que la inspectora Morant vio a mi marido —digo, nerviosa, ante la firme mirada de Bosco—, ya intuyó que escondía algo. Sabía que no era inocente…».

*

Lo primero que piensa la inspectora Morant al verle es que es un hombre peligrosamente sereno. Tiene uno de esos rostros serios por omisión, ajeno a las arrugas en las comisuras, como si no tuviera afán de sonreír.

—¿No le agobia tener el despacho en su casa? — pregunta la inspectora Morant.

Él encaja la puerta y se sienta al otro lado de la mesa. Aunque se mueve con sosiego, hay una tensión sutil en sus hombros, un tic leve en uno de sus párpados.

La inspectora Morant siempre detecta estos detalles. Para ella es fácil notar cuándo alguien está incómodo, sobre todo si está en su casa.

—Para nada —responde él—. Es bastante cómodo. Como vivo a las afueras, así me ahorro los atascos de la hora punta.

Habla con una cadencia lenta y ensayada. Con la gracia y el carisma de alguien siendo entrevistado en un *late show*.

La inspectora se fija en cómo tamborilea sus dedos sobre el reposabrazos de su silla. Su dedo índice y corazón van alternando el tempo.

—Pero vende la casa —dice ella, sin preguntar realmente.

El ritmo de sus dedos se interrumpe. Él baja la vista un segundo de más. Le sorprende que la inspectora sepa eso, pero rápidamente cae en la cuenta de que tiene un cártel fuera anunciado que la casa está en venta.

—Sí —dice con una sonrisa forzada—. Bueno, me gustaría mudarme. Es solo un pensamiento, está un poco en el aire…

La inspectora se cruza de piernas, estudiando cada gesto, cada vacilación. Entonces se calla y deja que el silencio haga su trabajo.

—Bueno —continúa ella, reconduciendo la conversación—, nos han dicho que usted y Candela Soto tenían una relación. Que eran amantes…

Él no responde de inmediato.

—Relación es una palabra muy fuerte.

La inspectora no responde. Le examina lentamente, buscando una respuesta más detallada.

—Yo diría que teníamos algo casual… —añade él.

—Ya… —irrumpe ella, frunciendo el ceño—. Pues una amiga de Candela nos ha contado que hablaba mucho sobre usted y que estaban muy unidos.

—Ah, ¿sí? —susurra él, con falsa sorpresa.

—Hasta se veían con frecuencia en la parte trasera del edificio donde ella trabaja —añade ella, midiendo cada palabra—, ¿no es así?

—Sí y no —responde él, pensativo—. Nos veíamos mucho, pero…

—Y ella se estaba divorciando para estar con usted.

Su mirada se endurece ligeramente, un gesto casi imperceptible que la inspectora registra al instante.

Entonces aprieta los labios y comienza a rascarse el cuello, nervioso. Su cabeza empieza a maquinar formas de darle lo justo para que se vaya, sin revelarle demasiado.

—Oiga —continúa la inspectora Morant, cruzándose de la otra pierna y clavando sus ojos en los suyos—, usted sabía que ella estaba embarazada y quería tenerlo, ¿verdad?

—Bueno, pero… —vacila él.

—Además —incide ella, inclinándose levemente hacia delante—, sabemos que se vieron la noche que desapareció. El martes 12 de noviembre.

—Pues sí —afirma, calmado—. Nos vimos para hablar de su embarazo. Como ella quería tenerlo y yo no, rompimos de forma amistosa. Eso fue todo.

—¿Rompieron? —pregunta ella, levantando una ceja, incrédula.

—Exacto.

—¿Está seguro de que fue eso lo que pasó? — pregunta, buscando desestabilizarlo.

Él la mira sin pestañear. Hay miles de fisuras en sus palabras que dejan entrever que es una historia inventada, pero no se rinde.

—¿Rompieron y ya? —continúa la inspectora.

—Sí —dice finalmente, reclinándose hacia atrás en el respaldo de la silla con tal de alejarse de ella unos centímetros—. En parte, me siento culpable. Quizás la ruptura le afectó demasiado y se ha escapado unos días para pensar…

# CAPÍTULO 5

## Isabel Ferrándiz

*En la actualidad*
*Domingo, 17 de noviembre*

—No sabía que te habías casado… —dice Bosco, obligándose a respirar despacio.

La aspereza no abandona su voz. Hay más sorpresa en su tono de la que le gustaría mostrar.

Alzo la mano y le enseño la alianza. El gesto me pesa. En mi rostro se cuela un destello de vergüenza, como si en lugar de un anillo llevara un alambre de espino apretándome el dedo.

Como si me doliera reconocer esa verdad que hay escrita en su mirada y que no quiere decir en voz alta: que debería haberme casado con él.

Con ese ligero movimiento, la alianza se desliza por mi dedo, como si intentara huir, y yo la aprieto con fuerza para que no se escape. La devuelvo a su sitio como algo ensayado.

—Fue unos meses después de lo nuestro…

—Me sorprende, la verdad… —dice él—. No sabía nada.

—Tampoco es que hayamos estado en contacto — le reprocho, con un tono demasiado acusatorio hasta para mí.

—Me sorprende no haberme enterado…

—¿Te sorprende? —ladeo la cabeza—. Pensé que ya no te interesaba saber nada de mí.

Él frunce el ceño.

—No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

Bosco deja escapar un suspiro pesado, casi resignado. La magia de lo que pudo ser se rompe al instante. Con esto, hemos vuelto a ser los mismos.

—¿Y tú? —le pregunto, con un súbito interés que no consigo disimular—. ¿Te casaste? ¿Estás con alguien o…?

—No —responde de inmediato, con resquemor—. Y tampoco creo que este sea momento para ponernos al día.

—Tienes razón —balbuceo—. Es que ha pasado tanto tiempo que…

—Isabel —me corta, firme—. No puedo ayudarte con algo así. Créeme, lo digo por tu bien.

—Estoy desesperada y necesito tu ayuda. Por favor, estoy muy confundida.

—No puedo ayudarte.

—Sí que puedes —lo interrumpo, con la voz quebrada—. Si te cuento lo que sé, quizás puedas descubrir qué ha pasado.

Me observa dubitativo, resistiéndose a ceder.

Sé que en su cabeza se despliega un abanico de excusas bien ensayadas; solo tiene que escoger la más convincente.

—¿Y estás segura de que tu marido es culpable?

—Todo lo segura que puedo estar sin pruebas — susurro, a regañadientes—. Si lo acuso y luego resulta que no ha sido él, arruinaré mi matrimonio, ¿entiendes? ¿Entiendes ahora por qué he venido?

—Me gustaría ayudarte, créeme, pero como ya he dicho…

—Al menos deja que te cuente lo que ha pasado — le ruego, desesperada—. Tengo que contárselo a alguien o me volveré loca…

—Isabel —dice, exhausto—. Vuelve a casa, ¿vale? Vete a dormir y olvídate de esto. Es tarde, estás cansada y no creo que sea buen momento para hablar sobre…

—¿Dormir? —repito con un sarcasmo apagado—. Hace días que no consigo dormir. Todo esto me está matando.

Bosco exhala con la mirada perdida. Mi sinceridad le ha desarmado.

—¿Aún no has ido a la policía, dices?

Ladeo la cabeza al momento. Abro la boca como si fuera a decir algo más, pero las palabras pesan demasiado.

—No sabes lo mucho que necesito contarle esto a alguien…

Bosco me mira durante unos segundos que se me hacen eternos.

—Por favor —insisto.

Entonces él baja la cabeza, arrepintiéndose ya de la respuesta que todavía no ha pronunciado.

—Está bien —carraspea, tenso—. Dime por qué crees que lo hizo tu marido.

# CAPÍTULO 6

*Día 2*
*Miércoles, 13 de noviembre*

«—Cualquiera habría pensado al principio que fue su marido quien se la llevó —empiezo diciendo, con la garganta seca—. Que Guzmán Acosta era su secuestrador…

—¿Y no es así? —pregunta Bosco, con interés.

—La inspectora que lleva el caso lo descartó enseguida —explico —. Supongo que ahí empezó mi ansiedad».

*

En estos momentos, la inspectora Morant lamenta profundamente el aspecto que tiene. Si hubiera sabido que la esperaban decenas de reporteros apiñados en la acera, con cámaras apuntándole como armas, se habría peinado mejor. Quizás incluso se habría maquillado. Seguro que sus padres la verán en el telediario. Luego vendrá la llamada con el mismo discurso de siempre: «Te vemos muy desmejorada, cariño», junto con el inevitable «¿Eres tú o es la tele que engorda?» y, cómo no, el clásico de su madre: «Se te está pasando el arroz, hija».

La inspectora Morant inspira hondo y se prepara para el bombardeo de preguntas. Está acostumbrada a ese coro de gritos con tono acusatorio, a las preguntas que lanzan como piedras, a la desesperación contenida.

Después de todos estos años, sabe que hace falta una fortaleza mental considerable para no perder la cabeza. Para que ni siquiera logren sonsacarte una respuesta por la simple cara que pongas.

Mientras cruza la acera hacia el portal, las voces se superponen:

—¿Dónde está Candela Soto? —grita una mujer, a varios metros de distancia.

—¿Se sabe ya qué ha pasado? —pregunta otra, metiéndole el micrófono casi en la boca a la inspectora.

—¿Hay algún sospechoso? —grita otro, proyectando su voz como si fuera cantante de ópera.

—¿Es un secuestro o se ha fugado? —pregunta otro reportero que camina a la par, muy pegado a ella, y que casi hace que la inspectora tropiece.

Pero ella no responde. Nunca lo hace.

Su truco consiste en cantar mentalmente para aislarse del ruido. Hoy le ha tocado a *Esclavo de tus besos* de David Bisbal.

En cuanto se resguarda en el interior del edificio, siente el inmediato alivio del silencio.

«Mierda…», piensa mientras sube en el ascensor hasta la última planta, «Creo que he tarareado en voz alta».

Cuando las puertas se abren, se encuentra de cara con el agente Maza, que la espera en la entrada del piso como un perro fiel.

—El marido está fumando en el balcón —le informa, en voz baja —. Estaba muy alterado cuando hemos llegado.

—¿Lo habéis interrogado ya?

—No —responde el agente Maza de inmediato—. Te estábamos esperando.

Avanzan por el salón hacia el dormitorio, esquivando a los técnicos que se van encontrando. Uno examina la cerradura para comprobar que no haya sido forzada; otro pasa la linterna por el suelo mientras comprueba que no hayan hecho una limpieza exhaustiva con productos químicos. Lo típico en casos así.

—El marido asegura que Candela le dijo que cenaría con una amiga —explica él—, pero la amiga lo ha negado al teléfono.

—¿No se vieron anoche?

—No.

—Entonces, ¿no se sabe a dónde fue?

—Negativo.

—Está bien, ¿qué tenemos aquí? —pregunta la inspectora, cruzando el umbral del diminuto dormitorio que hay al final del pasillo.

—Nada fuera de sitio —contesta él, con un deje de frustración—. No falta dinero, ni ropa ni joyas. Su coche está aparcado en su plaza de garaje. Todo está en orden.

—¿En serio?

La inspectora hace un barrido rápido del dormitorio. El armario, abierto de par en par, rebosa ropa de marca. En la balda inferior hay desplegado un ejército de zapatos, botas y tacones. Efectivamente, nadie diría que falta nada.

En el tocador reposa un joyero vacío, joyas esparcidas alrededor y varios frascos de colonia colocados con cuidado.

En su mesita de noche hay un libro de poesía a medio leer, un estuche de lentillas, unas gotas para los ojos y una vela de lavanda algo usada.

«En el informe con sus datos no ponía nada de que Candela Soto necesitara lentillas. Curioso», piensa ella.

—Está bien —dice la inspectora, al fin, sin apartar la mirada de la escena—. Voy a hablar con él.

*

La inspectora Morant nunca antes había interrogado a alguien tan nervioso. Si no fuera porque Guzmán Acosta tiene coartada, ya estaría detenido y acusado por la desaparición de su mujer.

Pero da la casualidad de que ayer por la noche, cuando Candela desapareció, él estaba en otra ciudad viendo un partido de fútbol y gastándose el dinero del paro en la máquina tragaperras de un bar.

Así que, a menos que descubran cómo se puede secuestrar a alguien a distancia, Guzmán Acosta es inocente.

Sin embargo, alguien debería decírselo. Se muerde las uñas, se mece inquieto en la silla y no deja de mover la pierna, como si tuviera la misión de cavar un hoyo hasta el balcón de abajo.

La inspectora lanza una mirada rápida al cenicero que hay sobre una mesa de cristal y calcula que ya se ha fumado medio paquete en lo que va de mañana.

—¡Me duele mucho! —se queja Guzmán, con una mano sobre el pecho—. ¡Creo que me está dando un infarto!

—No lo creo…

—¡Me voy a morir! ¡Me está palpitando la cabeza!

—Tranquilícese, señor Acosta —dice ella—. Unas preguntas y podrá irse al hospital si quiere, a que le hagan un chequeo.

Guzmán empieza a hiperventilar, agitado, mientras trata de comprobar el pulso de su cuello.

—Ah, y antes de que me vaya, va a tener que ayudarnos a identificar qué ropa falta en el armario de su mujer —dice la inspectora—, para saber qué llevaba puesto ayer.

Él asiente, angustiado, y responde:

—Sé que llevaba puestos unos pendientes azules en forma de gota —carraspea, afónico—. Los lleva siempre. No estaban en su funda. Bueno, nunca lo están porque no se los quita…

—Señor Acosta —irrumpe ella—, según nos ha contado, su mujer le dijo que cenaría con una amiga, ¿verdad?

—Sí —titubea Guzmán, inquieto—. Eso me dijo, sí. Me mintió.

En sus ojos asoma un rastro de honestidad. Un brillo sincero que la inspectora ha aprendido a detectar y que, por desgracia, no acostumbra a ver con la frecuencia que le gustaría.

—Explíqueme todo lo que hizo anoche hasta hoy, por favor —le ordena ella mientras se arremanga la americana.

—Ayer al mediodía cogí un tren a Madrid porque me regalaron unas entradas para ver un partido de fútbol y… —balbucea, confuso, mientras hace memoria de forma apresurada—. Después del partido me fui a tomar algo, regresé al hotel y hoy he cogido un tren de vuelta a las siete de la mañana.

—¿Y qué hizo cuando llegó a casa esta mañana?

—Nada, yo… —carraspea Guzmán—. Había un mensaje en el contestador de su jefe, porque Candela no había ido a trabajar, así que llamé a su amiga y me dijo que no la había visto. Que no estaba con ella…

—Bien. Háble me de Candela, por favor —le ordena la inspectora —. ¿Tenía problemas? ¿Algún enemigo? ¿Algún motivo para desaparecer de repente?

—Pues… no lo sé —balbucea, tenso—. Creo que era feliz.

—¿Lo «cree» o lo sabe a ciencia cierta?

—La cosa es que nosotros no estábamos pasando por un buen momento, pero ella parecía contenta con su trabajo, con sus cosas… —se apresura a añadir—. Pero Candela jamás huiría así. Estoy convencido.

—¿Estaban mal?

—Nuestro matrimonio… —vacila Guzmán, atragantándose con sus palabras—. Bueno, sí, no estaba bien, ¿para qué mentir? Nos estábamos divorciando, pero yo aún tenía la esperanza de reconciliarnos…

—¿Podemos considerar entonces que quisiera huir de usted? —cuestiona ella, sacando a relucir un carácter inexistente que todo inspector debe tener para presionar a los sospechosos.

—¡No, claro que no! —niega, pálido—. Ella me pidió el divorcio y yo acepté. ¿Por qué tendría que huir de mí?

—Quién sabe… —se aventura a decir—. Quizás le tenía miedo o estaba cansada de usted…

—¡Menuda gilipollez! ¡Eso es mentira!

La inspectora entrecierra los ojos, analizando al hombre que tiene delante. Se siente satisfecha por haber conseguido una reacción de él. Eso le ayuda a imaginar cualquier escenario que la primera versión de él, más nerviosa y débil, no le permitía.

—¿Puedo serle sincera, señor Acosta?

Guzmán asiente con un movimiento exagerado de cabeza, temeroso por lo que pueda decirle. Su mano se cierne en su muslo,

clavando las uñas con fuerza para desahogarse.

—La mayoría de desapariciones se catalogan como ausencias voluntarias, ¿lo sabía usted?

—Pues no… —responde él, aún en tensión.

—Eso significa que estamos obligados a valorar cuál puede ser la naturaleza de una desaparición —continúa ella, calmada—, lo comprende, ¿no? Debemos considerar la posibilidad de que se haya fugado de forma voluntaria.

—Sí, lo entiendo —dice él, apretando la mandíbula hasta que los músculos le tiemblan—. Pero le estoy diciendo que Candela jamás haría algo así.

—De acuerdo —responde la inspectora, sin apartar la mirada—. Entonces, ¿hay algo más que debamos saber, señor Acosta?

Guzmán desvía los ojos. En su gesto se mezclan la culpa y la indecisión, como si estuviera calibrando el peso de una confesión dolorosa.

—Señor Acosta —insiste ella, inclinándose ligeramente—, cada hora que pasa se pierde información valiosa. No podemos permitirnos ese lujo. Es mejor decirlo todo ahora. Eso nos dará una gran ventaja.

Él traga saliva, asiente, convencido por su razonamiento, y finalmente responde:

—Me confesó que había otro.

—¿Otro qué? —pregunta la inspectora, con voz neutra, aunque su atención se afila—. ¿Otro hombre?

—Eso dijo. Que se había enamorado de alguien.

—¿De quién? —pregunta ella—. ¿Quién es ese hombre?

Guzmán niega con la cabeza, los labios apretados.

—No me lo dijo. Tampoco fui capaz de preguntarle...

# CAPÍTULO 7

## Isabel Ferrándiz

*En la actualidad*
*Domingo, 17 de noviembre*

Siempre he querido ser actriz.

Hace unos años participé en un cortometraje, actué en un anuncio de cereales con fibra e hice algún que otro trabajo de figuración, pero luego el teléfono dejó de sonar.

Desde entonces, llevo años esperando esa gran oportunidad que lance mi carrera. De vez en cuando, por temporadas, trabajo como camarera o de cajera en algún supermercado, pero son trabajos que no me duran mucho. Son temporales, para ir pagando las facturas y demás.

Me ayuda pensar que solo son papeles que hago. Y, cuando siento que ya he aprendido de ellos, dimito y abandono mi personaje.

La verdad es que sueño con algo grande. Con la oportunidad de un papel protagonista en una película que arrase en taquillas.

Con la adoración, el éxito y la fama.

Pero acabo de descubrir, con una certeza humillante, que quizás no sirva para eso. Puede que no sea tan buena. Al menos, no para la

actuación en vivo que exige el teatro.

En cuanto los ojos severos de Bosco se clavan en los míos, sin apenas parpadear, el pánico escénico me invade. Se me está olvidando hasta cómo respirar.

Aunque quizás sea por la tensión que compartimos, por nuestra relación turbulenta que terminó de forma abrupta, dejando demasiadas cosas sin resolver.

Según las circunstancias, debería estar sosteniendo una taza de té caliente para calmarme. Eso sería lo más sensato. Pero, en su lugar, me he servido otro poco de whisky. Esto me viene mejor.

Inspiro profundamente.

Intento ordenar los pensamientos que se agolpan en mi cabeza. Son demasiados; ninguno se deja atrapar.

Había ensayado cada palabra, incluso cómo decirla. Pero en presencia de Bosco, todo se me olvida.

—Candela Soto desapareció el pasado martes 12 de noviembre —empiezo, por fin—. Al principio se habló de una huida voluntaria, pero desecharon esa teoría. Todas sus cosas seguían aquí. No pensaron que se hubiera ido sin su dinero, sus joyas…

Bosco no toma notas, pero asiente despacio, como si memorizara cada palabra en algún rincón preciso de su mente.

—Algo había leído en las noticias…

—Descartaron al marido —continúo—. Esa noche estaba en otra ciudad y no regresó hasta la mañana siguiente.

—Así que, ¿saben a qué hora desapareció exactamente?

—La última vez que alguien habló con Candela fue su hermana, a eso de las ocho de la tarde.

—Bien —dice él, llevándose una mano a la barbilla mientras organiza la información—. Ahora dime, ¿qué tiene que ver tu marido en todo esto?

Asiento, nerviosa, para hacerle saber que he entendido su pregunta y voy a darle una respuesta. Entonces me preparo para decirlo en voz alta.

—Estaban juntos.

—¿Juntos? ¿Tu marido y ella? —pregunta Bosco, con dificultad para aceptar esa posibilidad—. ¿Estás segura? ¿Cómo lo sabes?

# CAPÍTULO 8

*4 días antes*
*Viernes, 8 de noviembre*

«—Estoy segura —afirmo con convicción—, porque los pillé…

—¿Cuándo? —pregunta él, más sorprendido y abrumado de lo que esperaba—. ¿Dónde?

—Fue unos días antes de su desaparición —respondo al fin—. El viernes 8 de noviembre».

*

Nunca me ha caído bien ese guardia de seguridad. Cada vez que vengo de visita, siento su mirada recorriéndome las piernas con descaro. Alguna vez incluso se le ha escapado un silbido.

Cuando me doy la vuelta para meterme en el ascensor, sé que sus ojos siguen fijos en mi espalda. Analizan cada movimiento, intentando adivinar lo que hay debajo de mi ropa.

La última vez que vine llevaba una falda ajustada y unas medias que transparentaban más de lo que me habría gustado. Recuerdo aquellos diez metros que separan el vestíbulo del ascensor; se me

hicieron eternos. Caminaba con temor, avergonzada, con prisas por desaparecer, hasta que las puertas del ascensor me protegieron.

Quizás por eso ya no vengo a ver a mi marido al trabajo. Pero, a pesar de la incomodidad, siento una extraña satisfacción por haber venido.

Siento que estoy haciendo lo correcto. Que quizás, a partir de ahora, las cosas mejoren.

Hace meses que entre mi marido y yo hay algo que no funciona. Hay demasiada tensión e incomodidad. Cada conversación, por trivial que parezca, deriva en discusiones absurdas que no sabemos de dónde salen.

Es como si guardáramos rencor por cada tontería de los últimos años y ahora estuviera estallando todo de golpe.

La última discusión que tuvimos fue por tener que cenar sola cada noche. Él lleva semanas quedándose hasta tarde en la redacción con la excusa de que tiene mucho trabajo, pero sé que es solo para no volver a casa.

Por eso subo en el ascensor con una bolsa a rebosar de comida china. Así podremos cenar juntos, charlar sin discutir, volver a estar a gusto el uno con el otro. Es un pequeño sacrificio que espero que siente precedente.

Las puertas del ascensor se abren.

Avanzo por un pasillo alargado que hacía tiempo que no recorría. La moqueta amortigua el ruido de mis tacones.

Camino con una emoción contenida, dejando que mi mirada se pierda en los recortes de periódico enmarcados que cuelgan de la pared. A mi lado, las salas de reuniones acristaladas sumidas en penumbra salpican el pasillo de sombras.

Cuando me acerco a la puerta de la oficina, escucho la voz de un hombre.

—¿Es pronto para decirte que te quiero? —dice él, intentando sonar dulce, aunque suena torpemente arrogante.

Me detengo en seco, con la respiración cortada. Entonces reconozco unos besos rápidos y una voz femenina, melodiosa y risueña, que responde:

—Cuidado, no vaya a ser que nos vean juntos…

—No empieces —gruñe él, con un deje borde, intentando mantener el coqueteo—. Ya sabes que lo haremos público, pero aún no. No me presiones más.

—Pero, ¿cuándo? —insiste ella, rompiendo por completo el ambiente romántico—. Siempre dices eso y nunca es el momento. ¿A qué esperas? ¿Es que te avergüenzas de mí o qué?

—Eres imposible —responde él, con una mezcla de exasperación y deseo—. Confía en mí, ¿vale? Yo sé cómo tengo que hacerlo. Es un mal momento, eso es todo…

—Yo dije que me divorciaría, y lo he hecho — continúa ella—. ¿Qué sacrificio has hecho tú por esta relación?

—Pronto, muy pronto, ¿vale? —asegura, retomando el tono cariñoso—. Antes de que te des cuenta estaremos juntos, sin escondernos.

—¿Seguro?

—¿Por qué te mentiría?

—Porque parece que lo dices en serio, pero contigo nunca sé…

—Oye —dice él, suavizando su voz—, yo quiero estar contigo. Confía en mí, por favor.

# CAPÍTULO 9

*Día 2*
*Miércoles, 13 de noviembre*

«—Isabel —interrumpe Bosco—, ¿tú estás segura de que ese era tu marido?

—¿Quién sino iba a ser? —le reprocho, firme.

—Pero no los viste…

—Te aseguro que era mi marido —respondo—. Tenía que serlo…

Bosco guarda silencio.

—Luego está el tema de su amiga —carraspeo, tensa—. Con la que se suponía que había estado esa noche…

—¿Qué pasa con ella?

—La inspectora Morant, la mujer al mando del caso, fue a hablar con ella —explico, seria—. Y descubrió varias cosas…».

*

El bar está atestado de gente. Hay tanto ruido que es como transportarse a un mercadillo en hora punta.

La inspectora Morant se ha adueñado de un taburete, y dispone de un pequeño hueco en la barra, entre un hombre leyendo el

periódico y una mujer desmenuzando un cruasán. Apenas hay espacio para los codos, así que se queda inmóvil, manteniendo los ojos fijos en la mujer pelirroja frente a ella: la amiga de Candela.

Esa amiga con la que supuestamente había quedado la noche en la que desapareció, trabaja como camarera en este bar, así que la inspectora ha venido a interrogarla.

La mujer le sirve un cortado descafeinado, aunque derrama la mitad al reposarlo sobre la barra. Luego atraca el servilletero más próximo e intenta limpiar las salpicaduras con torpeza, apiñando servilletas que no terminan de absorber el líquido.

—Perdone por la espera —le dice la mujer, agobiada—. Ya ha visto el lío que tenemos…

—No se preocupe —responde la inspectora, concentrándose para que el ruido no la distraiga—. Entonces no vio a Candela anoche, ¿verdad?

—Ojalá la hubiera visto —dice ella—. Pero no…

—¿Sabe por qué Candela mintió a su marido y le dijo que estaría con usted? —pregunta la inspectora, midiendo el volumen para que nadie más escuche.

—En primer lugar, exmarido —corrige la camarera, seca—. Bueno, aún no están divorciados, pero como si lo estuvieran…

Hace una pausa, mira a un grupo de clientes que levantan la mano para pedir algo, y continúa como si nada:

—Y, en segundo lugar, Candela le mentía siempre que quedaba con su amante.

La inspectora Morant arquea una ceja, percibiendo el cambio en la voz, el gesto tenso que no puede ocultar.

—¿Con su amante?

—Hace un tiempo me contó que se había enamorado de un hombre —carraspea—. Pero él lo mantenía en secreto. Muy en secreto.

—Entonces, anoche quedaría con él, ¿no?

—Seguramente. Se veían mucho.

Por el rabillo del ojo, la inspectora nota que la mujer del taburete contiguo está pendiente de la conversación.

—Señora, por favor… —susurra la inspectora, molesta—. Es una conversación privada.

La mujer se ruboriza, murmura una disculpa inaudible y se retira a toda prisa. Con su partida, la inspectora aprovecha para ocupar parte de su espacio, estirando piernas y brazos.

—Perdone si sueno frívola —continúa la inspectora, volviendo a mirar a la camarera—, pero no parece especialmente afectada por la desaparición de su amiga.

La mujer titubea. El bullicio del bar se sobrepone a su conversación durante esa pausa.

—Hay una cosa… —admite, devolviendo una mirada cargada de culpa—. El lunes quedamos para tomar algo.

—¿Y? —apremia la inspectora, harta de que le den la información en cuentagotas.

—Me explicó que se había peleado con su amante.

—¿Sabe por qué se pelearon?

—Ella estaba…

Antes de que termine la frase, la inspectora Morant ya intuye que la palabra que sigue es «embarazada».

—¿Qué pasó exactamente?

—Él no reaccionó como Candela esperaba —dice la mujer, tras un largo suspiro—. Y discutieron…

—¿Le contó algo más?

—Cuando nos vimos el lunes, dijo algo así como que le gustaría desaparecer unos días para que él valorara lo que tiene.

—Y, ¿por casualidad dijo a dónde le gustaría desaparecer?

—No lo dijo —responde ella, de forma apresurada, con una expresión de preocupación que no se despega de su rostro—. Pero, a veces hablaba de más, sin pensar. Decíamos tonterías para desahogarnos.

Traga saliva y continúa:

—Sonaba más a una de esas cosas que se dicen, pero que en verdad no se hacen, ¿sabe?

—Usted la conocía mucho —dice la inspectora, seria—. ¿Está segura de que era una de esas cosas que ella diría, pero no haría?

# CAPÍTULO 10

*1 día antes*
*Lunes, 11 de noviembre*

«—Así que, ¿Candela le contó a su amiga que estaba embarazada? —pregunta Bosco, tenso.

—Eso parece… —respondo como si costara pronunciar esas palabras.

—¿Y él no lo quería tener?

—Así es».

*

Hace tiempo que cualquier atisbo de envidia que ella pudiera sentir hacia Candela desapareció. Antes, cuando quedaban, ella dedicaba casi una hora a peinarse y alisarse el pelo, a elegir un conjunto que disimulara sus caderas y muslos, y a maquillarse para resaltar sus supuestas mejores facciones, si es que alguna merecía la pena.

Pero ya no.

Con el tiempo ha aprendido que, por más que se arregle, nunca estará a la altura de su amiga. Nunca la invitarán a una copa ni le

sonreirán desde lejos. Esas cosas, sencillamente, no le ocurren a ella.

—Solo tengo cinco minutos —dice la mujer, apurando el último sorbo de vino mientras revisa su reloj de muñeca—. No debería tardar en irme, que mañana madrugo.

Candela levanta la mirada y hace contacto con el camarero, el mismo que la lleva observando con admiración y deseo desde que se ha sentado en la terraza. Le hace el gesto universal de «la cuenta, por favor», y él se retira, obediente.

—Siento haber acaparado toda la tarde para hablar de mí… —murmura Candela.

—No pasa nada —responde ella, forzando una sonrisa—. Está bien que no siempre sea yo la que se queja de todo…

Candela rebusca en el bolso hasta dar con el monedero mientras su amiga la observa con un dejo de lástima que no puede disimular.

«¿Esto deben sentir los demás cuando hablo de mis problemas?», se dice ella, con amargura.

—Si él no te valora —comienza ella, vacilante—, ¿por qué no te buscas a otro? Estoy segura de que cualquier hombre mataría por estar contigo…

En ese instante, el camarero regresa con la cuenta. Candela le entrega las monedas exactas sobre la bandeja de plata, y él le sonríe como si jamás hubiera presenciado tal belleza.

La luz anaranjada de la tarde resalta sus ojos. El camarero queda hipnotizado por ese brillo antes de retirarse, en contra de su voluntad, cuando un hombre en otra mesa le chista para que se acerque.

«¿Por qué nunca me pasan estas cosas a mí?», piensa la mujer.

La sensación de injusticia le aprieta el pecho, mezclada con un cansancio profundo que ni el vino puede suavizar.

—Ojalá fuera tan fácil… —murmura Candela.

—¿Por qué lo dices?

—Porque me gusta mucho —confiesa Candela con pesar—. Aunque me esté tratando así últimamente, me gusta…

—¿Y tú le crees cuando te dice que va a dejar de esconderte?

—Le creo, pero… —dice Candela, dubitativa, dejando la frase suspendida en el aire. No tiene fuerzas para seguir mintiendo.

—¿Le crees o quieres creerle?

Candela ladea la cabeza y sonríe con amargura.

—Odio cuando te pones tan filosófica.

—Es un efecto secundario del vino. Ya sabes que no bebo porque no me sienta bien —bromea ella—. Oye, ¿y por qué no le das un ultimátum?

Candela la escruta con curiosidad.

—Ya sabes —continúa diciendo ella—, «o lo hacemos público o terminamos».

—Lo haría —dice Candela, tras una pausa larga—, pero ¿y si no quiere? ¿Y si prefiere que estemos juntos en secreto…?

—¿Y en serio quieres estar con un hombre así? —le echa en cara.

—Supongo que no… —admite Candela, a regañadientes—. Pero tengo un problema. Uno muy grande.

—Soy todo oídos…

Entonces Candela exhala profundamente y dice:

—Estoy embarazada.

—¿Qué?

—Lo sé, lo sé… —confiesa Candela, nerviosa—. Es un lío, tal y como están las cosas…

—Pero, pero… —se traba ella, incapaz de articular una oración con verbo, sujeto y predicado.

—Es de él —afirma Candela, leyéndole la mente a su amiga—. Y por eso hemos discutido.

—Dios —balbucea ella—. ¿Y qué vas a…? Es decir, ¿has pensado en…? ¿Cómo vas a…?

—Quiero tenerlo —asegura Candela—, pero él no estaba seguro y…

Entonces la conversación se convierte en una pausa, en un silencio prolongado en el que solo se hace notar el ruido de los coches y el trasiego de la ciudad.

—En el fondo —dice Candela, cambiando de tema, con la voz rota —, me gustaría desaparecer unos días y que él viniera suplicando.

Que me echara de menos y viera lo que tiene, ¿sabes? Así me valoraría más. Sí, eso estaría bien…

—¡Di que sí! —la anima ella, sonriente—. Esa es la actitud. Haz que se arrastre…

Entonces Candela sonríe, pero solo porque está tan destrozada por dentro, y hace tanto que no lo hace, que su cuerpo la obliga.

—Pase lo que pase —dice ella, poniéndole una mano sobre la suya en señal de afecto—, estoy aquí, ¿vale? No estás sola.

# CAPÍTULO 11

## Isabel Ferrándiz

*En la actualidad*
*Domingo, 17 de noviembre*

—Así que los pillaste…

La lluvia golpea el cristal con una cadencia irregular, marcando el pulso de la conversación como un metrónomo.

Me encojo un poco. Mis manos crispadas juegan con el borde de la manga mientras busco palabras que no vienen.

—No sabes cuánto pienso en aquella noche — balbuceo, con la mirada perdida—. Una parte de mí se siente estúpida por no haberlo visto venir y otra me obliga a odiarme por haberlo descubierto.

En estos momentos de vulnerabilidad, me gustaría saber qué es lo que piensa. Si me cree o quiere ayudarme. Pero lo cierto es que no lo sé.

Bosco me observa con detenimiento. Creo que ambos sabemos que cualquier palabra amable por su parte sería solo un parche.

En aquel entonces, cuando estábamos juntos, yo rehusaba cualquier consuelo y me guardaba los problemas para mí misma. No los compartía con nadie.

Así que, ni yo estoy acostumbrada a recibir consuelo de él, ni él a dármelo a mí. Es mejor así.

Si algo puedo adivinar por su expresión, es que se está preguntando cuánto de aquella Isabel queda todavía en esta que tiene delante. Cuánto queda sobre ese pasado borroso.

En el aire flota una aspereza densa que él decide no romper, dejándome continuar con mi desahogo.

—Quizás habría sido más feliz si no me hubiera enterado —continúo, con la voz temblorosa—. Si ahora mismo no supiera todo lo que sé sobre ellos…

—¿Y qué pasó después? —pregunta Bosco, al fin, despacio.

Sus palabras surgen con delicadeza, como los pasos que alguien daría sobre un lago congelado, temiendo que el hielo ceda en cualquier momento.

—¿Después…? —respondo, desorientada.

Siento la boca seca, como anestesiada, así que me sirvo otro dedo de whisky. Bosco no me juzga. Ambos sabemos que esto requiere alcohol, aunque no me termine de sentar bien.

—¿Qué hiciste cuando los descubriste? —insiste, firme—. ¿Llegaste a ver a tu marido?

—No —respondo, casi ofendida—. No podía ni moverme. Mucho menos decirles nada… Pero era él.

—¿Estás segura?

—Por supuesto —me trabo.

—¿Entonces?

Sus preguntas son tan afiladas que me atraviesan. Me siento acorralada.

—Me fui de allí —sentencio, aunque un sutil parpadeo me contradice.

Mis dedos me sorprenden jugando con mi alianza. No sé en qué momento me la he quitado, ni por qué sale con tanta facilidad. Así que la vuelvo a deslizar en mi dedo.

La lluvia arrecia, más fuerte, como si también quisiera participar en la conversación.

—¿Y ya está?

—¿Qué más quieres? —digo, cruzándome de brazos y esbozando una risita nerviosa—. No entiendo…

—Has puesto esa cara —dice él, con dureza contenida—. La que pones cuando no sabes si decir algo o no.

Mi corazón late a gran velocidad. Late tan fuerte, que temo que pueda escuchar esa percusión que delata mis nervios. ¿Me habrá descubierto ya? ¿Habrá descubierto mi mentira? Supongo que solo me queda seguir.

—A veces se me olvida lo mucho que me conoces…

—¿Así que hay más?

Asiento débilmente, como si me costara admitirlo. Él me contempla con total interés, así que estiro ese silencio y disfruto de esa fugaz sensación.

Me gusta que, después de tanto tiempo, tenga algo que a él le interese, aunque solo sea una historia.

Tras unos segundos, confieso:

—Hay más.

# CAPÍTULO 12

## Isabel Ferrándiz

*4 días antes*
*Viernes, 8 de noviembre*

«—La noche que descubrí que estaban juntos — empiezo diciendo —, pasó algo más.

—¿El qué?».

*

Pensaba que a estas alturas estaría cenando con mi marido, riéndome de sus ocurrencias, sintiendo que todos estos años no se han perdido. Que no hemos malgastado nuestro tiempo en una relación rota, destinada al fracaso. Que aún nos quedan buenos momentos por vivir a la vuelta de la esquina.

Pero aquí estoy, encerrada en el último cubículo del cuarto de baño, llorando en silencio, aunque sé que nadie puede oírme.

He perdido la noción del tiempo. ¿Cuánto llevo? ¿Diez o veinte minutos? Quizás incluso más.

Este llanto no es solo por la decepción de esta noche, sino por todo el dolor que he acumulado durante esta mala racha. Por toda la

incertidumbre silenciosa, por todo el miedo atroz con el que he convivido.

Un matrimonio está formado por dos personas, ¿verdad? Pues, ¿qué haces cuando una quiere dejarlo y la otra no?

«Ya no me quiere. Ya no quiere estar conmigo. Ahora quiere a alguien más», me repito una y otra vez, tratando de asimilarlo. Pero mi cabeza lo rechaza todas las veces.

Da igual cómo lo diga, duele de todas formas. Es una verdad aniquiladora que no puedo maquillar. Que mi cabeza no puede creer.

Me recompongo con esfuerzo. Estoy a punto de salir del baño y volver a casa, aunque todavía no sé cómo voy a fingir que todo está bien. Ni siquiera he decidido si debería decirle que lo he descubierto o esperar a que él termine de romper el matrimonio; que el peso de este desastre recaiga solo sobre él.

Frente al espejo, me inclino sobre el lavabo y me mojo la cara. El agua fría arrastra el rímel corrido que ha manchado mis mejillas, dejando surcos oscuros que desaparecen lentamente por el desagüe.

Entonces oigo unos pasos. Un taconeo que me adelanta que no es el personal de limpieza.

La puerta se abre y una mujer rubia se detiene en el umbral, observándome unos segundos de más, con sorpresa.

—Perdona, pensaba que ya no habría nadie… —dice, avanzando hasta colocarse a mi lado, frente al espejo.

Destapa un pintalabios rojo y empieza a retocarse con naturalidad, como si el baño le perteneciera.

No respondo. Me limito a mirarla a través del reflejo y asiento, incómoda y avergonzada por haber sido sorprendida llorando.

Y entonces lo entiendo. Esa voz ya la he oído antes. Es ella.

—¿Noche dura? —pregunta Candela, sin apartar los ojos del espejo, concentrada en el pulso de su muñeca.

—Más o menos… —respondo, con la garganta cerrada.

—¿Trabajo?

—No —niego demasiado rápido.

—Como te has quedado hasta tarde trabajando, he pensado…

Candela ladea la cabeza, cada vez más interesada.

—¿Es por un hombre?

Dudo una fracción de segundo. Ni siquiera sé qué estoy haciendo. ¿Por qué sigo aquí? No debería hablar con ella. Me siento ridícula.

—Sí —admito al fin, soltando un suspiro largo.

Candela sonríe con una complicidad casi cruel antes de responder:

—Siempre es por su culpa, ¿verdad? —exhala—. No sabes cuánto te entiendo.

—Ah, ¿sí?

—Muchas veces todo podría ser fácil, pero se empeñan en complicarlo demasiado... —dice mientras guarda el pintalabios en el bolsillo de su gabardina—. Parece que les guste hacernos sufrir.

—Veo que tú también tienes complicaciones amorosas… —murmuro, conteniendo un sarcasmo latente que me pide salir.

—¿Y quién no? —dice ella, a regañadientes, poniendo los ojos en blanco—. Mi consejo es que no sufras por alguien así. Si te hace mal, ese hombre no te merece. Será por hombres…

Entonces, mientras Candela da media vuelta y se dispone a marcharse, me apresuro a decir:

—Tú tampoco.

Ella asiente, como si supiera que tengo razón, pero a la vez se sintiera desleal por no poder seguir su propio consejo.

—Lo intentaré.

# CAPÍTULO 13

*Día 3*
*Jueves, 14 de noviembre*

«—Unos días después —empiezo diciendo—, la inspectora quedó con la hermana de Candela.

—La última que habló con ella esa noche, ¿no?

—Bueno, eso pensaban…».

*

El trasiego de pasajeros del Aeropuerto del Prat es caótico y, a la vez, una estampa preciosa. Un ir y venir constante de maletas, despedidas apresuradas y reencuentros emotivos.

Miles de personas están a punto de subir a un avión que, de un modo u otro, les cambiará la vida. Sea cual sea su destino, un viaje o un nuevo trabajo, todos avanzan hacia algo distinto.

Frente a la inspectora Morant, la hermana de Candela es todo lo contrario a esa expectación que se masca en el ambiente.

Jimena Soto remueve el café con desgana. Lo hace con tanta pesadumbre que el azúcar sigue flotando en la superficie. La taza tiembla ligeramente entre sus dedos.

Jimena es directora de no sé qué departamento de una empresa tecnológica que gestiona desde Suiza. Según le acaba de explicar, es casi un milagro que le hayan permitido coger este vuelo.

Aun así, esta tarde tiene una reunión importante, por lo que en menos de veinte minutos tendrá que estar en la zona de embarque, preparada para marcharse de nuevo.

Lo primero que ha sorprendido a la inspectora es su aspecto. Al conocer su cargo, había imaginado a una mujer enfundada en un traje impecable y hecho a medida, con el cabello perfectamente recogido y una mirada firme, autoritaria. En cambio, Jimena es una treintañera embutida en un chándal viejo de Adidas, con rasgos suaves, una expresión frágil y una belleza discreta, muy diferente a la de su hermana.

—Aún no me creo que esto esté pasando… —dice Jimena, al fin, sin levantar la vista. Su voz es peculiar, ligeramente afónica.

—Me imagino cómo debe estar —responde la inspectora Morant, con suavidad.

Jimena inspira hondo, como si no hubiera respirado desde que recibió la noticia. Muy a su pesar, aún le falta el aire.

—¿Saben algo más de lo que puede haber pasado? —pregunta Jimena, aferrándose a una esperanza imaginaria.

—Estamos barajando varias opciones —contesta la inspectora, a sabiendas de que es solo un eufemismo para no decir que no saben nada más—. Hablaron el martes a las ocho de la noche, ¿verdad?

—Sí… —afirma Jimena—. Me llamó ella. Solo quería saber cómo estaba. Aunque, ahora que lo pienso, sonaba cansada.

—¿Cree que le pasaba algo? ¿Le dijo alguna cosa fuera de lo normal?

—En ese momento no pensé en eso, si le soy sincera… —responde Jimena, abatida—. Fue una llamada rápida. Me dijo que me echaba de menos y que quizás se tomaría unos días libres para venir a verme.

—¿Y usted qué le contestó?

Jimena ladea la cabeza. Sus ojos se humedecen.

—Me enfadé con ella —confiesa, entre moqueos, llena de amargura—. Le dije que esas cosas tenía que consultármelas antes. Estas semanas solo vivo para trabajar y estoy muy estresada. Conociendo lo impulsiva que es, tenía miedo de que viniera y me desorganizara…

—Usted no tiene la culpa de lo que le ha pasado — interrumpe la inspectora en tono conciliador.

—Yo no he dicho eso…

—Ya —admite la inspectora—. Pero lo está pensando, ¿no?

Jimena le da un sorbo a su café, que ya se ha enfriado, y la inspectora retoma la conversación preguntando:

—¿Su hermana le comentó algo sobre su vida sentimental?

—No mucho —responde Jimena—. Hablábamos poco últimamente. Como he dicho, estas semanas he estado desbordada

de trabajo.

Tras una breve pausa, Jimena frunce el ceño, pensativa.

—¿Por qué lo pregunta? —insiste Jimena—. ¿Pasa algo con Guzmán? ¿Sospechan de él?

—No —responde la inspectora de inmediato—. Pero sabemos que Candela tenía un amante y que quería divorciarse de su marido.

Jimena suelta una risa seca que desentona con la seriedad del ambiente.

—No me extraña.

—¿Perdón? —pregunta la inspectora, lamentando haberse olvidado su cuaderno, anotando en su cabeza todos estos detalles.

—Candela y Guzmán se conocieron durante el primer año de universidad —explica—. Él era distinto entonces. Era un hombre ambicioso y comprometido. Soñaba con pasarse la vida viajando, haciendo reportajes, contando historias.

—¿Y qué pasó?

—Intentó hacerlo realidad. Creó una revista de viajes —sigue diciendo Jimena—. Luego perdió dinero y tuvo que cerrarla. A partir de ahí, todo fue a peor. Empezó a encadenar trabajos de mierda.

—¿Por qué…?

—Cayó en una depresión y de ahí no levantó cabeza.

—Entiendo… —balbucea la inspectora, sintiéndose apelada por su historia.

Cualquier relato que vaya sobre alguien que fracasa le es familiar.

—Le iban echando de los sitios —continúa diciendo—. A veces por llegar tarde, otras por ir borracho al trabajo…

—¿Por eso no le sorprende que tuvieran problemas él y su hermana?

—No —niega Jimena—. De hecho, me sorprende que Candela aguantara tanto. Pero, claro, es muy testaruda. Bastaba con que todo el mundo le dijera algo para que ella hiciera justo lo contrario.

—¿Cree que seguía con él por eso? ¿Por cabezonería?

—Por eso y porque le encantaba que la admiraran —dice Jimena, con cierto fastidio—. En el fondo, lo que más le gustaba de estar con él era que los demás pensaran lo buena persona que era por quedarse al lado de su pobre y alcohólico marido.

—Pues, muchas gracias por su tiempo —concluye la inspectora, pensativa—. Seguiremos en contacto por si…

—Hay una cosa más —irrumpe Jimena, ensimismada en sus pensamientos—. Recuerdo que antes de colgar dijo que tenía prisa, que había quedado…

—¿Iba a verse con alguien?

—Sí —afirma, con convicción.

—¿Con quién?

—No lo sé —balbucea Jimena—. Pero dijo textualmente: «Bueno, te dejo, que llego tarde…».

# CAPÍTULO 14

## Isabel Ferrándiz

*En la actualidad*
*Domingo, 17 de noviembre*

—Isabel, respóndeme a una cosa —dice Bosco, tenso—. ¿Estás acusando a tu marido solo porque tuvo una aventura y quieres vengarte de él?

—¿Crees que sería capaz de inventarme algo así? —le respondo con indignación.

Hablo tan rápido que entre sílaba y sílaba no cabría ni un suspiro.

Bosco no contesta de inmediato. El sonido de la lluvia llena la habitación, pegándose a la conversación como un telón húmedo.

Odio cuando hace esto. Ya en su momento, cuando estuvimos juntos, aborrecía el truco de callarse y usar el silencio para evidenciar su respuesta. Siempre me ha hecho sentir mal.

Siempre he odiado que fuera un cobarde y no se atreviera a decirme las cosas a la cara tal y como las piensa. Pero, aun así, siempre se lo he perdonado.

—He venido aquí porque pensaba que aún te importaba —digo, a la defensiva, buscando hacerle daño—, a pesar de cómo terminamos.

«A pesar de cómo terminamos». Esa frase le ha molestado. Le ha dolido, incluso. Lo noto en sus ojos tristes.

—Entiende que lo que me estás pidiendo es mucho que asimilar… —murmura, incapaz de disimular su incertidumbre—. Quiero creerte, pero, ¿y si te equivocas? No sé si quiero meterme en algo así de complicado…

—Necesito que me tomes en serio y dejes de cuestionarme.

—¿Te has parado a pensar que quizás no fue tu marido? —estalla él, nervioso—. ¿Que puede que el que estaba ese viernes con Candela fuera otro?

Por primera vez, no sé exactamente qué decir, así que no abro la boca.

—¿Qué pasa si no fue tu marido?

—Fue él —insisto, al fin.

—¿Lo dices de verdad? —inquiere Bosco, analizándome—. Porque si hay la más mínima fisura, no podré ayudarte…

—¡Estoy segura!

—Está bien, está bien… —responde Bosco, esforzándose en sonar convincente—. Tienes razón. Voy a dejar de cuestionarte. Vamos a remar en la misma dirección.

Entonces traga saliva y añade, con voz más grave:

—Pero considéralo un favor que te hago, Isabel.

—Gracias. Te lo agradezco.

—No me des las gracias —dice Bosco—. De una forma u otra, yo me cobro mis favores.

—De acuerdo —le digo, tragando saliva y alzando las cejas con un gesto cargado de indiferencia.

—Está bien —carraspea, pensativo—. Vamos a poner las cartas sobre la mesa. ¿Sabe tu marido que hablaste con ella?

—No —niego—. Eso espero, al menos.

Sostengo mi tercera copa en lo que va de noche y mezo el vaso para que el hielo baile en la bebida. Por suerte, el alcohol me ha ayudado a desinhibirme; a eso y a que el frío de esta helada tormenta deje de ponerme la piel de gallina.

—Después de hablar con Candela —confieso, al fin—, todo fue a peor.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Bosco, imaginando lo peor.

—Me obsesioné con ella, Bosco. Era lo único en lo que podía pensar. Tenía que saber quién era —me excuso, molesta y asustada —. No lo entenderías. Ni siquiera yo lo entiendo, si te soy sincera.

Un par de truenos enfurecidos ensombrecen el momento. El viento sigue arañando los cristales del ventanal como si quisiera entrar.

—¿La investigaste o algo así?

Asiento despacio, como si me costara admitir esa verdad y solo pudiera responder con ese movimiento de cabeza.

—Peor aún —añado—. La seguí hasta su casa y la estuve vigilando de cerca…

—Pues no, Isabel —protesta él, furioso—. No lo entiendo. No entiendo cómo pudiste hacer eso. ¿A ti te parece normal?

—Si alguien te hubiera arrebatado algo que es tuyo, ¿no querrías saber quién es? ¿No te ayudaría eso a entender el motivo? —le respondo, mordaz.

Bosco ladea la cabeza sin mediar palabra alguna. Suspira y, al cabo de unos segundos, pregunta:

—¿Qué pasó después? ¿Qué hiciste, Isabel? ¿Descubriste algo sobre…?

Suena demasiado preocupado y sé que mi respuesta será escasa e insuficiente.

—Nada.

Mi tono es relajado; me esfuerzo por sonar así, pero sé que él no se lo cree. Lo percibo en cómo me analiza y en su mirada, que intenta diseccionar cada gesto mío.

Todavía no me cree. Sigo siendo una extraña en su salón; una amenaza.

—¡Nada, joder! —insisto, sintiéndome señalada y presionada—. Solo quería saber cómo era.

Al cabo de unos segundos, añado, alzando la voz con un tono rencoroso y dolido:

—Descubrí que era una mujer exitosa. Bueno, que tenía una vida perfecta, vaya…

Bosco medita y da vueltas a un pensamiento que poco a poco le va tomando forma antes de decir:

—Te conozco lo suficiente como para saber que hubo algo más —carraspea, tenso—. No me creo que no trataras de interferir en su relación. Que te pareciera bien esto y te quedaras de brazos cruzados. A mí no me engañas.

—Crees que me conoces bien —digo con una sonrisa pícara—. Pero no tienes ni idea de cómo soy en verdad. No sabes cómo soy. Ya no…

—Lo que tú digas, Isabel —exhala, tenso. Luego gira la cara, mira al suelo nervioso, hasta que finalmente se calma y dice—: ¿Hay algo más que deba saber? Porque, por el momento, no veo por qué sospechas de tu marido. No me queda claro y, la verdad, es que empiezo a perder la paciencia…

Después de unos segundos, añade, molesto:

—Que fueran amantes no significa nada. No te servirá de prueba contra él.

—Por supuesto que hay más —le respondo, firme—. Esto solo es el principio.

# CAPÍTULO 15

*Día 4*
*Viernes, 15 de noviembre*

«—Está lo de la pelea —carraspeo, tensa—. Eso es importante.

—¿Qué pelea? —inquiere Bosco.

—Un día antes de que Candela desapareciera — explico—, tuvieron una fuerte pelea».

*

La inspectora Morant le da un trago al café amargo de máquina que se ha comprado hace dos interrogatorios. Por lo menos, ese sabor a cartón es como una descarga eléctrica en su cuerpo, así que cumple la función de despejarla.

Lleva toda la mañana metida en esa sala de reuniones sin ventanas, entrevistando a compañeros de trabajo de Candela que saben poco o nada; perdiendo el tiempo.

La joven que tiene delante, una becaria que cumple con el estereotipo de encargada de preparar los cafés, parece la única que no tiene miedo a hablar con sinceridad.

Quizás sea porque le caduca el contrato de prácticas en unos días y está deseando marcharse.

—¿Entonces qué pasó? —pregunta la inspectora Morant, inclinándose hacia delante—. ¿Los oyó discutir?

La chica asiente con firmeza.

—Sí, el lunes.

«Un día antes de su desaparición», piensa la inspectora, anotándolo en su cuaderno mientras observa cómo la becaria apenas parpadea.

En ese momento, un fuerte olor a detergente golpea a la inspectora, obligándola a contener la respiración unos segundos.

—Los contenedores están en un lateral, una especie de callejón —continúa la joven—, y ellos se veían a veces en la parte trasera del edificio, justo al girar la esquina.

Cada vez que abre la boca, los brackets de colores brillan y atraen la mirada de la inspectora.

—Candela bajaba algunos días y decía que iba a fumar —continúa la joven—. Luego, había días que no fumaba en todo el día, así que poco a poco descubrí que solo era una excusa para verse con él.

—¿Así que confirma que Candela y su amante se veían a menudo? —pregunta la inspectora.

—Sí —responde ella, con voz firme pero baja—. Se veían bastante a escondidas. Algunas noches, cuando todos nos íbamos, ella se

quedaba hasta tarde y él la venía a ver. Me lo crucé un par de veces a la salida...

—Normalmente, ¿qué hacían detrás del edificio?

—Se decían cosas bonitas y se besaban —responde ella, extrañada por la pregunta—. Yo solo estaba ahí unos segundos, tirando las bolsas de basura, pero lo poco que escuchaba era siempre eso.

—¿Y ese lunes...? ¿Qué pasó exactamente?

—Pues ese día les oí gritar. Por eso me sorprendió tanto —dice la joven, tragando saliva—. Capté algunas cosas, pero no me quedé ahí. Además, tenía que limpiar los platos del fregadero y repartir cafés…

Pronuncia esto último con un deje de frustración, autocompadeciéndose de ella misma. Su tono grita: «Tengo un título universitario en Periodismo, por el amor de Dios, ¿qué hago repartiendo los cafés y haciendo las fotocopias?».

—¿Y qué decían?

—Ella le dijo algo como «¿De verdad me estás pidiendo algo así de horrible?» —narra, haciendo memoria—. Parecía que estaba llorando por cómo sonaba.

—¿Y él? —insiste la inspectora Morant—. ¿Qué le respondió a Candela?

Tras una pausa, la joven dice:

—Él le gritó que estaba loca por pedirle algo así. Que no era su culpa…

—¿Su culpa? —repite la inspectora, frunciendo el ceño—. ¿Sabe de qué hablaban?

«Esto huele a lo del embarazo», se dice la inspectora.

—No sé a qué se refería —admite la joven, apenada, mordiéndose el labio—. Lo siento.

# CAPÍTULO 16

*1 día antes*
*Lunes, 11 de noviembre*

«—No sé exactamente cómo pasó —balbuceo, nerviosa—, pero la policía sabía que Candela y mi marido habían discutido ese lunes, un día antes de su desaparición.

—¿Así que tu marido la había dejado embarazada y no quería tenerlo? —pregunta Bosco—. ¿Eso cree la policía?

—Sí —afirmo, con la voz rota.

—Pero esto no ha salido a la luz, ¿no? —carraspea, algo nervioso —. Quiero decir, en las noticias no han dicho nada…

—No —niego al momento—. Imagino que la conversación debió ser algo así…».

*

Él nunca antes se había arrepentido de esto. Ni siquiera cuando ella le repetía que seguía casada y le decía cientos de veces que estaba mal y que debían ponerle fin.

Durante meses, se había convencido de que era inevitable. Que no podía frenar algo tan potente como la química entre dos

personas. Por eso nunca se había arrepentido, hasta ahora.

Llevan cinco minutos en la parte trasera del edificio, rodeados de rascacielos de cristal, bajo su fría sombra. Cinco minutos de reproches, de palabras que nunca antes se habían atrevido a decir, y que ya han causado un daño irreparable en su relación.

«¿Cómo hemos acabado así?», piensa él, con un nudo en la garganta. «¿En qué momento se ha torcido todo?».

—Pero —empieza diciendo Candela, lloriqueando—, ¿de verdad me estás pidiendo algo así de horrible?

—¿Horrible? —responde él, a la defensiva—. ¿No ves que es lo más lógico?

Ella es incapaz de responder. Su hostilidad la desarma.

—Te repito que no es culpa mía que esto haya pasado… —añade él, firme.

—¿Quién ha dicho nada de culpas? —responde ella, secándose las lágrimas con rabia—. Yo ya he sacrificado lo suficiente por los dos…

—¡No has sacrificado nada! —grita él, dando un paso al frente—. ¡Te he servido de excusa para dejar a tu marido! Llevabas tiempo queriendo separarte y lo sabes.

—¡Calla, joder! —estalla ella—. No me puedo creer que pienses que tienes razón. Yo estoy luchando por nosotros y tú no haces nada.

—Esto que me pides es demasiado —responde él—. ¡No lo vas a tener! ¿Me oyes?

—Tú no me mandas.

—¿Qué no? —grita, agarrándola del brazo y zarandeándola con fuerza—. ¡Harás lo que yo diga!

Candela se libera con un fuerte tirón. Le lanza una mirada fulminante, cargada de odio. Es la misma que antes reflejaba amor y deseo y, ahora, solo proyecta rencor.

—¿Cómo puedes decirme esto?

—¿Cómo puedes pedirme esto tú a mí? —le recrimina él—. No estoy listo. No es una decisión que debas tomar por los dos. Estás siendo egoísta y estúpida.

—¡La estás tomando tú!

—Vas a ir a abortar, Candela —insiste, firme—. Hoy mismo. De hoy no pasa, ¿me oyes?

Ella lo mira, tratando de reconocer al hombre que creía que él era. Sabe que, después de esto, jamás lo volverá a ver igual.

—Que te den —dice Candela, con la voz temblorosa.

Acto seguido, se escabulle hacia la puerta de empleados y se resguarda en el edificio. Lo hace a toda prisa, para que él no la siga y no la vea llorar.

Él se queda solo, con la rabia hirviendo por dentro y la certeza de que algo entre ellos se ha roto para siempre. Con la sensación de que esto ya no tiene arreglo.

# CAPÍTULO 17

*Día 4*
*Viernes, 15 de noviembre*

«—Y luego está el tema de su teléfono.

—¿Su teléfono…? —cuestiona Bosco, con el ceño fruncido—. ¿El de Candela, dices?

—Sí.

—¿Qué pasa con su teléfono?».

*

Ya parece costumbre que la inspectora Morant se quede hasta tarde en la comisaría. Como nadie la espera en casa, no le es demasiado difícil hacer el esfuerzo.

Se ha comido una de esas barritas energéticas que saben a cartón para aguantar las horas extra. Esa es su triste cena de hoy.

Se habría cogido también esas patatas sabor vinagreta que solo le gustan a ella, pero, para su sorpresa, no quedaban en la máquina expendedora.

Para no sentirse culpable, ha girado las fotografías enmarcadas de su gato, que debe estar preocupado pensando qué le ha pasado. O

puede que esté distraído arañando el sillón y saltando por las estanterías como suele hacer.

Ahora, mientras observa con atención los detalles del corcho que ocupa media pared, la inspectora piensa en la satisfacción que le daría al comisario Sallent si no resolviera este caso. Así que, sí o sí, tiene que resolverlo. No sería capaz de asumir esa derrota.

Además, sus padres se encargarían de hacerle saber lo fracasada que es por haber sido despedida.

«Soltera y en el paro. Tú sí que eres un partidazo, hija», le diría su madre. Hasta lo oye con su voz. Es algo que ella diría perfectamente.

—¿Aún por aquí? —pregunta la voz nasal de un hombre. Es el agente Maza, que se enrolla la bufanda al cuello mientras se adentra en el despacho de la inspectora.

—Concentrada en el caso —le responde la inspectora, sin apartar la mirada del corcho.

El agente Maza se apoya en el escritorio, a su lado, y le dedica una mirada fugaz a los post-it que hay pegados.

—¿Cómo va la investigación?

—Mal —musita ella—. No cuadra que se fuera voluntariamente, pero tampoco sabemos quién se la pudo llevar.

—¿El marido…? —pregunta él, dubitativo.

—No —afirma ella—. De momento, el principal sospechoso es su amante.

—¿Había algún movimiento extraño en su tarjeta?

—No —responde ella—. Nada de nada.

—¿Y habéis geolocalizado ya su móvil?

—Estamos esperando la autorización judicial — exhala la inspectora—. Espero que eso nos ayude a situarla mejor. Sabemos que a las ocho habló con su hermana y que luego había quedado, supuestamente, con su amante…

La inspectora traga saliva y añade con pesimismo:

—Así que tuvo que desaparecer después de esa llamada…

Entonces el agente Maza deja la mirada perdida en el corcho, ladea la cabeza con cierta frustración y mira el retrato de Candela Soto mientras piensa en voz alta, más para él mismo:

—¿Dónde te has metido?

# CAPÍTULO 18

## Isabel Ferrándiz

*En la actualidad*
*Domingo, 17 de noviembre*

—Así que —empieza diciendo Bosco, con la mirada clavada en un punto indeterminado del suelo—, ¿la policía sospecha de él? ¿Es eso?

Asiento lentamente, sintiendo que admitirlo me cuesta un esfuerzo físico demasiado grande.

—¿Estás segura de que tu marido es el principal sospechoso? —insiste Bosco.

—Tuvo un romance con ella, se pelearon el día anterior…

Bosco guarda silencio. Sus ojos se mueven inquietos, saltando de un punto a otro, como si intentara atrapar un pensamiento que siempre se le escapa un segundo antes.

—Pero, ¿de verdad están seguros de que fue él? ¿De verdad es el principal sospechoso?

No puedo evitar fulminarle con la mirada. Parecemos tontos andando sobre lo mismo.

—Tenía motivo, que sería el embarazo, oportunidad y, seguramente, medios —balbuceo, cruzándome de brazos y erigiendo

una barrera invisible entre nosotros.

—No lo sé… —vacila Bosco, pasándose la mano por la nuca—. No lo veo tan claro. ¿No estaremos metiendo la pata?

—¿Cómo?

Mi voz suena grave y seca. Mi rostro se oscurece como si una sombra hubiera pasado por encima.

—Reconozco que, por lo que me dices, es sospechoso —concede él, a regañadientes—. Y puede que tuviera los medios y la oportunidad, aunque no lo tengo tan claro. Pero, ¿cómo lo hizo exactamente?

Bosco traga saliva, se toma una pausa para articular su argumento mejor, y continúa:

—Para demostrar estas cosas hacen falta pruebas más sólidas, ¿no crees? Una duda razonable no es suficiente.

—Quedaron en algún sitio y él la mató —le digo, tensa—. No es tan difícil.

—Pero se tiene que demostrar, es que… —insiste Bosco, frunciendo el ceño—. Es que, no sé, yo…

—Lo estás haciendo otra vez —le interrumpo, chasqueando la lengua.

—¿El qué?

—Dudar de todo lo que digo —le respondo, clavándole la mirada —. Cada vez que hablo, me cuestionas.

—¡Te estoy ayudando! —me reprocha, levantando las manos—. Es lo que querías, ¿no? Para eso has venido. Yo solo intento ordenar lo que crees saber y ver si se sostiene.

—Yo creo que se sostiene.

—Pues yo creo que no.

—¡Lo dices solo para llevarme la contraria!

—¿Crees que no quiero que se sostenga? —estalla, nervioso—. Claro que sí. Claro que quiero. Me gustaría tener todas las pruebas y dártelas, pero no puedo…

—Entonces deja de ponerme en duda, Bosco.

—¿No querías salir de dudas? ¿No era eso lo que querías? —contesta—. Pues yo te digo que no está tan claro que fuera él.

—No me estás escuchando —le recrimino, invadida por la nostalgia de esas discusiones que teníamos hace años—. Te estoy diciendo que estoy convencida de que fue mi marido.

—Entonces dame una prueba sólida —me reta Bosco—. Explícame cómo la mató.

Me recuesto, pensativa.

Cierro los ojos un instante y respiro hondo, como si estuviera a punto de cruzar una línea imaginaria, un punto de no retorno.

—Solo una prueba sólida —insiste, sin aflojar—. Venga.

Lo observo sin pestañear.

—Está bien —digo al fin, con voz firme—. Te la daré.

# CAPÍTULO 19

*Día 1*
*Martes, 12 de noviembre*

«—¿Recuerdas el Mirador de los Tórtolos? —pregunto, con la voz afónica—. ¿Ese parking en lo alto de la montaña al que me solías llevar?

—¿Qué dices ahora, Isabel? —estalla Bosco, molesto—. ¿Por qué sacas ese tema?

—Tranquilo —le digo, suavizando mi voz, algo asustada por su tono—, no te voy a echar nada en cara. Tú solo dime, ¿lo recuerdas?

—Bueno, sí… —dice, dubitativo—. Pero hace mucho que no voy.

—Pues resulta que un joven la vio allí esa noche, a eso de las diez —confieso—. La veía bastante, de hecho. Iba regularmente con un hombre.

—¿Y…?

—Pues —empiezo diciendo—, que fue el último lugar donde estuvo. Le he estado dando muchas vueltas, créeme, y me imagino que la cosa podría haber sido tal que así…».

*

Candela observa la ciudad en calma. Pierde la mirada en las pocas luces que aún resisten encendidas en las ventanas de algunos edificios.

Desde que ese test de embarazo salió positivo, ha adquirido la manía de poner su mano derecha sobre su barriga, como si pudiera acariciar a su futuro bebé, aunque aún no esté ni formado.

Eso le reconforta. Ponerla ahí, avanzarle algunas caricias. Saber que pronto habrá vida dentro.

Este embarazo es una buena noticia. Un milagro, de hecho. Con Guzmán lo intentó. Tuvieron una buena época, cuando aún había amor en su relación, en la que un hijo habría sido motivo de celebración. Una bendición.

Durante meses, soñaron con eso. Lo visualizaban como si estuviera a punto de llegar, pero no llegaba. Nunca llegaba. Ninguno de los dos tenía problemas de fertilidad. Eso nunca fue un impedimento. Sencillamente, el universo no quiso darles ese regalo.

Luego pasó lo que pasó. Él se deprimió y ella se desenamoró. Los dos sabían, aunque nunca lo hablaron, que ya era tarde para tener hijos.

Que un bebé solo habría evidenciado la falta de cariño y comunicación que tenían, así que el tema quedó aparcado. No lo volvieron a intentar.

Candela no esperaba esta grata sorpresa, pero es lo mejor que le podía pasar, y no piensa renunciar a ello. No después de todos estos

años, autoconvenciéndose, con mucho dolor, de que no iba a pasar nunca.

—Estás muy callada esta noche —dice él, con la mirada puesta en el Dacia Sandero que hay aparcado a tres o cuatro metros de ellos.

—¿Te sorprende? —pregunta Candela, agotada.

Entonces piensa en cómo han cambiado las cosas. Antes, cuando aparcaban ahí, lo primero que hacía ella era salir afuera y fumarse un cigarro rápido. A veces, incluso se ponía a hablar con un joven que frecuenta ese mirador, y que le prestaba el mechero cuando ella se lo dejaba; que era casi siempre.

Sin embargo, eso ha terminado. Ya no puede fumar. Es un hábito que ha muerto de un día para otro, como su relación con él.

Entonces Candela aprieta los labios con fuerza, sin saber si hablar o no, hasta que estalla:

—He accedido a venir porque pensaba que te ibas a disculpar por comportarte como un imbécil, así que, tú dirás…

Candela espera esa disculpa. Espera que su hombre madure y le dé la respuesta que se merece; que sea capaz de devolverle todo el cariño y el mismo sacrificio que ella le ha dado.

Pero él no dice nada.

Aprieta la mandíbula sin poder apartar ese oscuro pensamiento de su cabeza. Le tiemblan las manos por lo que está a punto de hacer.

—Quería saber si habías entrado en razón de una vez —carraspea él, con la voz grave—. ¿Sigues queriendo tenerlo?

Ella se voltea hacia él, abrumada y abatida ante esa realidad. Dolida por tener que estar escuchando esas horribles palabras en boca de alguien a quien quería. De alguien a quien, a pesar de todo, todavía quiere.

—¿Me lo dices en serio? —salta ella.

Entonces él deja escapar un suspiro largo. En ese instante, el Dacia Sandero que había aparcado en el mirador arranca y desaparece por la curva. Están solos.

Sin pensarlo, con un movimiento rápido, pone el seguro de las puertas.

—¡¿Qué haces?! —grita Candela, sintiendo un pinchazo en la garganta—. ¡Abre la puta puerta! ¡Abre ahora mismo!

Candela intenta abrirla de forma desesperada. Aporrea el cristal, temblando, pero no consigue romperlo. No sabe qué está pasando, pero se teme lo peor. Que haya puesto el pestillo no puede significar nada bueno.

Los gritos se convierten en jadeos de miedo. Sabe que algo malo está a punto de pasar, aunque nunca se imaginaría el qué.

Él sigue sin abrir la puerta.

Entonces coge aire y se dispone a ganar la discusión de forma definitiva.

# CAPÍTULO 20

## Isabel Ferrándiz

*En la actualidad*
*Domingo, 17 de noviembre*

—No había testigos, ¿no? —murmura Bosco—. Quiero decir, es solo una construcción de lo que pasó según lo que tú crees…

Noto cómo me suda la frente. Estoy demasiado nerviosa. Tanto, que me cuesta hablar sin que me tiemble la voz.

Sin duda, hablar sobre esto me ha afectado más de lo que esperaba. Puede que el alcohol, que tanto me ha ayudado a desinhibirme, me esté desequilibrando más de la cuenta.

—No, nadie lo vio —confieso, inquieta—. Pero pudo pasar.

Sé que mis palabras no son suficientes, pero trato de sonar convencida.

Que Bosco encuentre en mi explicación una posible realidad. Que todo cobre sentido para él.

—¡Pudieron pasar muchas cosas, Isabel! —reprocha él, burlón—. Pero, si quieres que esto salga bien, necesitamos algo sólido, ¿entiendes?

—Mi marido estuvo fuera esa noche —confieso, nerviosa—. No tiene coartada.

—¿Y qué?

—Pues que no me quiso decir a dónde iba.

—Pero eso no demuestra nada, Isabel.

En un arrebato, Bosco se pone en pie, tira el sillón hacia atrás y me mira con desconfianza. Está demasiado acelerado. Parece que hemos llegado a una especie de callejón sin salida, y no le gusta.

—¿Estás segura de que fue él o es porque te fue infiel? ¡Porque te conozco, Isabel! ¡No quiero que me arrastres con tus mentiras! ¿Me oyes? ¡Dime la verdad!

—¿Qué dices ahora? —pregunto, abrumada, temblando de ansiedad.

Mis dedos giran la alianza de forma nerviosa y, por momentos, parece que ha desaparecido, como si nunca hubiera estado allí.

—¡No has cambiado nada, joder! —grita, furioso, con una risita cruel al fin—. ¡Sigues siendo esa mujer desquiciada y manipuladora!

—¡No te consiento que me hables así! —grito, poniéndome de pie con dificultad.

Sin embargo, mis piernas temblorosas no ponen de su parte. El efecto de los tres whiskys es repentino y demoledor.

Furiosa, me tambaleo hasta acercarme a él y golpeo su pecho con mi mano. No hay fuerza en el gesto, pero si hay reproche.

—¡Tú no sabes…! —continúo, tragando saliva— ¡No te imaginas lo que es perder a alguien a quien quieres!

Al cabo de unos segundos, consigo recomponerme, aunque la impotencia me sigue consumiendo.

Me tomo una pausa, recupero el aliento, y susurro:

—Tú no sabes por lo que he tenido que pasar…

—¿De verdad crees que no sé lo que es eso? — pregunta, con una cadencia lenta, en tono desafiante—. ¿Crees que no sé lo que se siente al perder a la persona a la que amas?

# CAPÍTULO 21

## Isabel Ferrándiz

*Unos años antes*
*Sábado, 12 de abril*

Mis pies descalzos recorren este salón luminoso y amplio que quizás pronto termine siendo mío. La luz de la mañana baña la estancia y revela las motas de polvo que danzan en el aire.

Me siento en uno de los taburetes altos con una taza de café entre las manos y me abrocho los primeros botones de la camisa blanca de Bosco, la que llevaba anoche y que ahora huele a sudor y a irresponsabilidad.

Mientras observo el lugar, me pregunto cómo lo decoraría si viviera aquí con él. Me basta un vistazo rápido para saberlo: pondría más plantas y muebles que no fueran grises o blancos. Algo que le diera personalidad, vida.

Doy un sorbo al café y pienso que no debería seguir aquí. Bosco ha sido muy claro esta mañana: «No puedes quedarte. Mi prometida llegará en cualquier momento».

Pero me da igual.

Bueno, no me da igual, pero no me quiero marchar. No después de lo que pasó anoche. Fui muy feliz. Verdaderamente feliz.

Y, si irme de aquí significa aceptar que lo que ocurrió entre nosotros ha sido un error, no pienso hacerlo.

Después de la noche que hemos pasado, me merezco un desayuno en condiciones. Además, yo no soy la que está mintiendo. No tengo por qué vivir acelerada, con prisas o con miedo. Yo no he hecho nada malo.

Cuando Bosco se ha ido a trabajar, me he dedicado a husmear en los cajones y a observar esas fotografías enmarcadas, todas ellas llenas de falsedad. En todas aparece una pareja feliz, pero no son más que fragmentos de una mentira.

Si de verdad están tan enamorados como intentan aparentar, ¿por qué la ha engañado conmigo?

Anoche, cuando me llamó para tomar algo en el bar de abajo, parecía decidido a romper su compromiso. Me habló de lo cansado que estaba de las peleas que tenían desde que habían empezado a vivir juntos.

Necesitaba un respiro y yo se lo di.

Le conozco desde hace años por amigos en común. He visto, durante todo este tiempo, cómo se apagaba en relaciones con mujeres que no le valoraban. Ojalá se hubiera dado cuenta de que yo le quería.

Siempre ha habido algo entre nosotros, eso era obvio.

Lo que no sé es cómo pudo tardar tanto en darse cuenta.

Puede que Bosco crea que esto solo ha sido un desliz. Que somos amigos, que había tensión acumulada y estalló. Pero no.

Sé que estoy a punto de hacerle el mayor favor que le han hecho jamás. Voy a liberarlo de su jaula de oro.

El sonido de unas llaves cayendo en el cuenco de la entrada, seguido del golpe seco de la puerta al cerrarse, hace que dirija la mirada hacia la puerta.

Estoy preparada.

La mujer que cruza el salón con una maleta se sobresalta al verme. La reconozco al instante. Es su prometida. La mujer morena que sonríe en todas las fotos.

Es lista, porque en cuestión de segundos ata cabos. Lo sé por cómo me mira. Es capaz de reconstruir las últimas diez horas solo con verme.

—¿Tú quién eres? —pregunta, con la voz crispada.

Intenta mantener la compostura, ser educada, pero hay rabia en su tono. También miedo e incredulidad.

—Encantada —le digo, con una sonrisa deslumbrante y descarada —. Tú debes de ser la prometida de Bosco, ¿no?

No es mi carácter ser así, pero creo que le haré un favor si soy directa. Cuanto más le duela este golpe, más rápido le dejará y antes podrá encontrar a otro hombre. Este es mío.

Durante unos segundos, no dice nada. Solo respira de forma agitada.

—Sí —balbucea, al fin—. ¿Y tú? ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí…?

Mientras habla, sus ojos se detienen en la camisa de Bosco que llevo puesta. Sabe que es de él.

—Siento que tengas que enterarte así —empiezo diciendo, con un falso pesar—, pero hemos pasado la noche juntos.

—¿Es una broma? —dice, con la voz quebrada. Luego estira el cuello y mira hacia el pasillo que conduce al dormitorio—. ¿Bosco? ¿Bosco…?

—¿Crees que bromearía con esto? —respondo, muy seria—. Bosco no está aquí. Se ha ido a trabajar.

Ladeo la cabeza, sonriente, y prosigo:

—No quería decírtelo todavía, pero yo creo que mereces saberlo.

—Pero él nunca me…

—Pues lo ha hecho —la interrumpo, firme, sin pestañear—. Pero tranquila. Eres guapa y lista. Encontrarás a alguien mejor.

# CAPÍTULO 22

## Isabel Ferrándiz

*En la actualidad*
*Domingo, 17 de noviembre*

—¡Me jodiste la vida, Isabel!

—¡No, te la jodiste tú solo!

Bosco respira de forma acelerada. Veo su pecho subir y bajar a gran velocidad. Tengo miedo de lo que pueda hacer en este estado turbulento en el que le he puesto. Lo conozco.

Sé cómo empiezan sus brotes.

Veo que tiene ganas de romperlo todo, de gritar y desahogarse como hizo entonces, cuando su prometida lo llamó al trabajo llorando y le dijo que se buscara otro sitio donde dormir. Como cuando ella le arrojó la alianza a la cara y llamó uno por uno a los invitados de la boda para explicarles por qué se cancelaba; y él le reventó los cristales del coche.

Siempre saco su peor versión. Es algo que solía decirme, al menos. A veces también decía en broma, o de forma cariñosa, que yo podría sacar de quicio hasta a la persona más cuerda.

Pero ahora, en lugar de romperlo todo, se gira de cara a la pared y apoya la frente contra ella.

Aprieta la mandíbula con tanta fuerza que casi puedo oír el rechinar de sus muelas. Hace tanta presión que parece que se le vayan a partir los dientes.

Durante unos segundos se queda así, inmóvil. Yo no me atrevo a interrumpirlo. Sé que está recordando la vida con la que soñaba, la que estuvo a punto de tener. Tan cerca que todavía le duele.

Aún me guarda rencor. Estos años separados no han apagado las llamas de su ira.

En aquel momento, cuando las cosas se torcieron, me dijo que le había arruinado la vida. Que era culpa mía que su relación hubiera terminado porque yo siempre le daba consejos venenosos, hablando mal de su prometida, diciéndole que merecía algo mejor.

Y es verdad. Él merecía algo mejor. Y yo pensaba que era algo mejor.

Ese fue mi error. Decidir por él; confiar en que me elegiría cuando yo ni siquiera era una opción. Nunca lo fui.

No quise hacerle daño, pero sí que le empujé a terminar su compromiso porque quería estar con él. Quería mi oportunidad de hacerle feliz.

Ahora, cada vez que Bosco piensa en esa noche borrosa que compartimos, sé que se dice a sí mismo que nunca debió pasar.

—Tienes razón, me jodí la vida yo solo —musita al fin, más apenado que rabioso—. No tendría que haberme acostado contigo. Eso está claro.

—Ahora te arrepientes —balbuceo desde el sofá, juntando las piernas, dolida—, pero en ese momento querías.

—Estaba borracho —se excusa, con la voz quebrada—. Y me arrepiento. No hay día que no me arrepienta. Ojalá nunca hubiera pasado.

En estos momentos, ya no sé si lo dice para devolverme el dolor que le causé o porque de verdad lo piensa.

—Si tanto me odias —le digo—, ¿por qué has accedido a ayudarme?

—Por miedo.

Suelto una risa burlona.

—¿Miedo de mí?

—¡No! —protesta, dándose la vuelta y encarándome—. Por miedo a lo que le pudieras estar haciendo a alguien más.

—¿Tú te estás escuchando? —le digo entre carcajadas, ridiculizando su temor.

—No quiero que nadie más tenga que pasar por lo que me hiciste pasar a mí —dice, serio—. Conociéndote, normal que tu marido se haya ido con otra...

—Estás mal de la cabeza, Bosco.

—¿Yo estoy mal de la cabeza?

—Sí —respondo con firmeza—. Y deberías dejar de echarme la culpa por un error que cometiste tú. De todas formas, se lo tendrías

que haber contado a tu prometida.  Yo solo te ayudé. Te quité un peso de encima y ni siquiera me lo agradeciste.

Bosco aprieta aún más la mandíbula, pero no dice nada. Sé que no tiene la claridad suficiente para articular una sola frase con sentido.

—¿O se lo habrías ocultado? —continúo, desafiante, casi divertida —. Porque eso te convertiría en la misma mierda de persona que crees que soy.

—¡Cállate ya, joder! Lo que yo haga con mi vida no es asunto tuyo…

—Durante años —estallo—, vi cómo de mal terminaban esas relaciones. Bebías, les eras infiel a todas, y os hacíais sufrir. Así que, ¿por qué yo soy la única a la que odias?

—Tú no sabes nada sobre mis relaciones, Isabel. Por una vez, deja de meterte en mi vida.

En ese momento, los dos nos callamos. Él no tiene nada más que aportar, y yo no me atrevo a echarle nada en cara.

La pausa se estira demasiado, deformando el tiempo que pasa, ralentizando el presente. Sus palabras se repiten en mi cabeza, una y otra vez, y me oprimen el pecho.

Es como volver atrás, a esa época en la que lo que él pensara tenía peso sobre mí; pero ya no es así.

Tras una pausa larga y cargada, reúno el valor para ser yo quien rompa el silencio.

—¿Quieres que me vaya? —pregunto, con un atisbo de temor—. ¿O me vas a ayudar de todas formas?

Reconozco que me da miedo su respuesta. Me da miedo que todo haya sido en vano y la noche termine aquí.

No quiero oír su veredicto todavía porque no estoy preparada para marcharme.

Él exhala con brusquedad. Pasan los segundos y noto cómo la rabia aún no se le ha ido del todo, pero sus palabras parecen ser más serenas.

—No, no te vayas —dice al fin, con voz grave—. Te ayudaré.

Entonces se calla durante un instante, lo justo para que entienda que no es una concesión.

—Y luego te irás y no volverás a molestarme nunca —dice, sin pestañear—, ¿te queda claro?

# CAPÍTULO 23

*Día 5*
*Sábado, 16 de noviembre*

«—Ayer pasó algo a última hora —susurro, casi afónica—. Algo que confirmó que Candela Soto fue secuestrada.

—Pensaba que eso estaba más que claro —irrumpe él, imperturbable.

—Era lo más probable, sí —respondo—. Pero esto es una prueba más que apunta a que Candela desapareció después de irse al mirador con él. ¿No has dicho que necesitabas pruebas sólidas? Pues yo te las doy todas…».

*

La inspectora Morant no recuerda la última vez que salió un sábado por la noche. Normalmente, se queda en casa. Se pone alguna película de comedia romántica, de esas que te restriegan por la cara un «Y comieron perdices», que nunca llega.

Antes solía acompañar esos visionados con una copita de vino. Pero desde la última vez, cuando le dejó tres mensajes en el contestador al comisario Sallent que acabaron escuchando todos los

agentes de comisaría, ha decidido prescindir del vino durante una temporada.

Ahora, por primera vez en mucho tiempo, ha salido de casa. Aunque no está en un restaurante caro con algún ligue, como habría preferido, sino en el piso de Guzmán Acosta.

Avanza con cuidado entre bolsas de basura abiertas, latas de cerveza aplastadas y montones de ropa sucia esparcidos por el suelo.

El aire es denso, cargado de un olor rancio a encierro y descuido. Solo han pasado cinco días, pero hasta la casa nota la ausencia de Candela Soto.

—¿Qué ocurre, señor Acosta?

—¡Ven, rápido! —le ordena él, alterado, caminando a un ritmo imposible por el pasillo.

La inspectora Morant lo sigue, esquivando objetos, sin saber qué espera encontrar. Cruzan el pasillo estrecho y finalmente llegan al dormitorio.

Allí dentro todo es igual de caótico que en el resto de habitaciones. La cama está sin hacer, las sábanas arrugadas y sucias, y el suelo apenas visible bajo libros, zapatos y papeles.

Sobre el colchón, colocada de forma casi ceremonial, hay una pequeña caja fuerte de rueda.

—¿Y esto? —pregunta la inspectora, acercándose con cautela y observando cada detalle.

Guzmán la mira con los ojos muy abiertos. Se muerde las uñas con nerviosismo, incapaz de quedarse quieto.

—Antes he recordado que Candela tenía una caja fuerte escondida —empieza diciendo—. Llevo horas buscándola.

—¿Dónde estaba?

—En el cajón de los calzoncillos.

La inspectora arquea una ceja.

—¿Y qué pasa exactamente, señor Acosta? — insiste ella, seria—. Porque por teléfono ha dicho que era una cuestión de vida o muerte.

Guzmán tarda unos segundos en responder. Inhala hondo, como si necesitara reunir valor para hablar.

—Sé que aquí escondía sus ahorros —dice al fin, tras una breve pausa—. Mucho dinero.

La inspectora Morant abre la boca para responder, pero él se le adelanta, con la voz quebrada.

—Tengo mucho miedo —confiesa—. ¿Y si no está el dinero? ¿Y si me ha abandonado de verdad? La duda me está matando, pero estoy tan aterrado…

—Señor Acosta —dice la inspectora con firmeza, bajando ligeramente el tono—, ha hecho bien en llamarme. Ahora tranquilícese, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —responde él, de inmediato, como un soldado obedeciendo una orden.

—Bien —carraspea ella—. Dígame, ¿sabe cuál es la combinación de la caja fuerte?

—Eso creo —contesta Guzmán, aún tenso—, aunque no he querido tocarla aún.

—Ábrala.

Guzmán se arrodilla junto a la cama. Sus dedos tiemblan al girar la rueda. Entonces, la puerta se abre.

—Está aquí —dice enseguida, algo aliviado, viendo todos los billetes amontonados que hay en el interior—. El dinero sigue aquí.

—Entonces no se ha ido…

Guzmán vuelve a respirar con normalidad. Por su cuerpo relajado, da la sensación de que esté a punto de descorchar una botella de champán. Parece que no se da cuenta de que, aunque no se haya fugado, este descubrimiento es mucho peor.

Sin embargo, la inspectora Morant ve cómo su alivio se esfuma de repente.

Guzmán mete la mano en el interior y saca un test de embarazo. Su expresión se va descomponiendo segundo a segundo al ver el resultado de la prueba.

—¿Y esto?

Guzmán palidece. Por más que mire el test de embarazo, no acaba de creérselo.

—Señor Acosta, no…

—¿Qué significa esto? —pregunta, con los ojos desorbitados—. ¿Lo sabías? ¿Sabías que estaba embarazada?

La inspectora Morant le apoya una mano en el hombro. Intenta sonar comprensiva, aunque sabe que nada de lo que diga servirá de consuelo ante algo así.

—Sí, lo sabía.

—¡Joder, joder…! —grita Guzmán, desesperado, perdiendo el control—. ¿Era…?

La inspectora cierra y aprieta los ojos con fuerza durante un instante. Reza para que él no termine de formular la pregunta y ella no tenga que darle esa dolorosa respuesta.

—Era de su amante, ¿verdad? —pregunta finalmente, totalmente descompuesto.

—Eso me temo —responde, al fin, sin saber si seguir diciendo la verdad o detenerse ahí.

—Y él lo sabía, ¿verdad? —continúa Guzmán, insistente—. ¿Sabía que estaba…?

Guzmán se lleva las manos a la cara. Le tiemblan. Finalmente, se rompe por completo. Empieza a llorar.

—Creemos que —empieza diciendo ella, con cautela— podría ser el motivo por el que se la llevó…

—Déjate de historias —la corta, moqueando—. Ya no estamos hablando de una desaparición, ¿verdad? ¿A que no? ¿O es que crees que soy imbécil?

—Señor Acosta…

—¡No! —estalla, escupiendo perdigones de saliva por el aire—. ¡Dime la verdad! ¡Dímela de una vez!

La inspectora Morant exhala despacio. No hay forma suave de decirlo. En realidad, no hay forma de decir algo de este calibre. Pero debe hacerlo.

—No, esto ya no es una desaparición ni un secuestro. —Hace una pausa fugaz—. Es un posible caso de asesinato.

# CAPÍTULO 24

## Isabel Ferrándiz

*En la actualidad*
*Domingo, 17 de noviembre*

La débil luz de la lámpara de pie estira los objetos y deforma sus sombras. Cada pocos segundos, un relámpago ilumina el salón como el disparo de una cámara con *flash*.

Bosco lleva un rato dando vueltas por la habitación, desgastando la madera del suelo. Está nervioso y enfadado.

Lo noto en el aire cargado, en su respiración irregular. Tiene la cara desfigurada por un cansancio que roza el límite. Lo cual me hace preguntarme cómo de deteriorada debo estar yo.

Desde que empezó esta pesadilla, siento que han pasado meses y, en realidad, solo han pasado unos días.

—Bosco, ¿crees que fue mi marido?

—Es una posibilidad —concede—. Siempre lo ha sido, que quede claro, pero ahora lo es más. O, al menos, puedo imaginármelo.

—No sabes lo mucho que me alegra oírte decir eso —respondo, más serena, dejando que la confianza se me note en la voz.

A Bosco se le eriza la piel al instante. Lo veo tensarse, como si algo invisible acabara de rozarle la nuca. Mis palabras no le

reconfortan; le inquietan.

—¿Por qué?

—Porque hay una cosa que no sabes —digo, risueña—. Algo que lo cambia todo.

Bosco frunce el ceño, alerta. Mi sonrisa le pilla desprevenido.

—¿Por qué no me lo has dicho antes si era tan importante?

—Quería estar segura de que podía contar contigo.

—Estoy aquí —dice, indignado, aunque los dos sabemos que es una de sus afirmaciones vacías; algo que realmente no dice nada.

Yo le sostengo la mirada, ya sin miedo a nada, comprometida con lo que estoy a punto de confesar.

Lo observo atentamente hasta que se pone nervioso al sentirse expuesto y examinado.

—Tengo que decirte la verdad.

—¿Sobre qué? —balbucea él.

—No fue mi marido.

La mandíbula se le desencaja al oír esas palabras. Se le pasan cientos de preguntas por la cabeza.

Me mira como si fuera una extraña de nuevo, de la misma forma que hacía antes de que empezara la conversación, cuando me he sentado en el sofá y él me ha servido una copa. Soy alguien que le traicionó hace años, y que ahora vuelve a hacerlo.

—¿Cómo? —pregunta, casi sin voz, al cabo de unos segundos.

—Lo que estás oyendo —confieso, sosegada.

—¿Me estás tomando el pelo? —salta, incrédulo—. ¿De qué cojones hablas, Isabel?

—Esa noche estuvo en casa conmigo —digo, firme, encogiéndome de hombros—. Te he mentido. No salió.

—Entonces, ¿qué? ¿Qué estamos haciendo aquí?

—Le odio —continúo, sin apartar la mirada—. Lo detesto. Y, como tú conmigo, le guardo rencor por haberme engañado.

—Isabel —exhala descolocado, con la voz cargada de advertencia —, ¿a dónde quieres ir a parar? ¿Para qué has venido?

Respiro hondo.

Sé que ya no hay marcha atrás. Debo seguir hasta el final. Estoy tan cerca que es tarde para rendirme.

—Es verdad que tiene coartada —confieso—. Pero su coartada soy yo.

Hago una pausa, dejando que la idea se pudra entre nosotros, y aclaro:

—Pero, de todas formas, todo podría haber pasado así, como hemos dicho, ¿no crees? ¿No crees que tendría sentido que fuera él?

Bosco me mira como si acabara de mostrarle algo monstruoso. Algo demasiado cruel.

—¿Cómo puedes decir una cosa así? —inquiere, seco.

Me mira sin reconocerme. Sin saber realmente qué está pasando o a dónde va esto. Por primera vez desde que nos conocemos, me

tiene respeto. Hasta miedo, diría yo; y no puedo disimular lo mucho que me gusta eso.

—Puedo decir que mentí. Que no sé si estuvo en casa toda la noche porque yo estaba contigo.

—¿Qué tonterías dices, Isabel? ¿Se puede saber qué estás diciendo?

Soy consciente de que necesita un momento para procesar todo esto, pero el subidón del momento me empuja a seguir hablando. A mantener viva la conversación.

—Por favor —susurro, firme—. Ayúdame.

—¿Ayudarte…? —se traba, perplejo, estudiándome como si fuera la primera vez que me conoce—. ¿Ayudarte a qué, Isabel?

—A que parezca que fue él. A incriminarlo.

# CAPÍTULO 25

*En la actualidad*
*Domingo, 17 de noviembre*

«—Si no fue tu marido —pregunta Bosco, con un atisbo de inquietud en su voz—, ¿cómo es que los vieron en el Mirador de los Tórtolos?

—Yo nunca he dicho que le vieran a él —explico, con la serenidad de quien ya conoce las preguntas y se ha preparado las respuestas —. He dicho que siempre iba con un hombre. Así que, pudo haber sido cualquiera. Puede que ni siquiera fuera ese hombre el culpable…».

*

—¿Sabes qué? —bromea el agente Maza mientras agarra la taza de café que la inspectora Morant acaba de servirle—. Voy a empezar a cobrarte las visitas a domicilio que hago…

«Café a las dos de la madrugada», piensa él mientras le da un sorbo automáticamente.

No es la primera, ni será la última vez que trabajan de madrugada.

Es tan habitual que ya lo tienen todo estudiado y aprendido. Ella pone una cafetera en el fuego con tiempo para que esté hecho cuando él llega. También tiene preparada leche de soja, que es la que él toma, y canela para espolvorear por encima, como él prefiere. Todo está dispuesto a su gusto.

El agente Maza toma asiento mientras el gato de la inspectora lo atraviesa con la mirada desde la otra punta del salón. Como lo conoce, ya no le bufa como solía hacer anteriormente. A veces, hasta se acerca a él y se restriega por su pierna, llenándole el pantalón de pelos blancos.

Las primeras veces que el agente Maza se pasaba por su apartamento para revisar casos, la inspectora adecentaba el lugar. Pero, ahora que hay confianza, ni se molesta. No es que el sitio sea un desastre, pero sí que se nota que ella no pasa mucho tiempo allí.

La inspectora Morant no dice nada.

Despliega los informes sobre la isla de la cocina con movimientos metódicos, ocupando todo el espacio disponible.

Las hojas se solapan unas con otras. Mientras los revisa y los ordena, el agente Maza señala uno de los documentos al que le ha doblado una esquina para reconocerlo rápido.

—Han estado revisando mensajes de texto enviados —comienza diciendo él—. Aquí puedes ver el último SMS que recibió esa noche…

La inspectora Morant se detiene en ese papel en concreto. El mensaje está subrayado en un amarillo fosforescente imposible de

ignorar. Lee en silencio: «En cinco minutos llego. Ve bajando».

—Enviado a las 20:18… —añade él, apoyándose en la encimera.

—¿Y el titular del número? —pregunta la inspectora, sin apartar la vista del texto, adivinando quién puede ser.

El agente Maza esboza una media sonrisa cargada de ironía.

—Te va a encantar esta respuesta… —dice él—. Su amante.

—Vaya… —responde ella, fingiendo sorpresa.

—Y eso no es lo mejor de todo.

La inspectora levanta la mirada, con interés.

—¿Hay más? —pregunta, sorprendida.

Él reordena varios informes y coloca uno encima del resto. Es un mapa con marcas circulares y líneas trazadas a bolígrafo.

—Han triangulado el móvil de Candela Soto — explica él, con entusiasmo—. El último sitio registrado, antes de que lo apagaran, es por la zona del Mirador de los Tórtolos…

—Así que, se confirma que el último sitio en el que estuvo fue allí, probablemente con él.

—Seguramente, la mató allí…

# CAPÍTULO 26

## Isabel Ferrándiz

*En la actualidad*
*Domingo, 17 de noviembre*

Ahora que la idea ha madurado en su cabeza, parece que esa tensión en el ambiente se ha disipado.

Es extraño, pero Bosco me empieza a mirar como si le gustara esta nueva Isabel. Como si, de repente, ya no fuera una intrusa en su salón. Puede que me equivoque, pero distingo hasta cariño en su mirada.

¿Se alegra de tenerme aquí? ¿Me ha perdonado después de tanto tiempo?

Sé que me he arriesgado. Que alguien cuerdo me habría echado de su casa nada más proponerle esto, pero él no.

Siempre tuvimos una relación basada en la confianza. Nuestro fuerte era que podíamos hablar de cualquier cosa sin que el otro lo juzgara. Me alegro de que esa vieja costumbre siga viva.

Ahora, Bosco me examina con la mirada, como si de verdad fuera en serio, pero quisiera saber cómo de segura estoy yo antes de aceptar la propuesta. Como si quisiera comprobar la temperatura del agua antes de lanzarse a la piscina.

—¿Cómo piensas inculparle por el asesinato de Candela? —pregunta, metiendo el pie lentamente en el agua.

—Sencillo —respondo, sosegada—. La policía me interrogó hace días, y yo les dije que había estado en casa con él. Que mi marido no salió.

—¿Y…? —cuestiona él.

—Si cambio mi declaración, su coartada se cae —digo—. Y sin eso, no tiene nada.

—¿Y dónde dirás que estuviste?

—Pues… —respondo mientras me pongo en pie y empiezo a caminar por el salón—. Como tú y yo tenemos una historia, y debe ser algo vergonzoso de admitir para que tenga sentido que no lo dijera antes…

—Quieres decir que teníamos una aventura, ¿no? —irrumpe él, en tono interrogativo—. Que esa noche estabas aquí conmigo o algo así...

Asiento con un movimiento sutil de cabeza, esperando una reacción negativa por su parte. Sin embargo, Bosco no parece disgustado con la idea. Cuanto más reflexiona acerca del plan más convencido parece.

—Podría funcionar —dice, al fin.

—¿Sí?

—Está bien pensado, la verdad... —me felicita, sosegado—. Me sorprende y todo.

Debería ofenderme su asombro, pero estoy demasiado entusiasmada como para molestarme.

—¿Nos dejamos algún cabo suelto?

—¿Me lo preguntas a mí? —inquiere él, divertido.

Creo que es la primera vez en lo que llevamos de noche que sonríe. Había echado de menos esa sonrisa, la verdad.

—Tú eres el detective, ¿no? A ti se te dan mejor estas cosas.

—Déjame pensar —dice, poniéndose en pie y dando vueltas por la sala como yo. Al cabo de unos segundos, admite—: Hay una cosa en la que no paro de pensar.

—¿Cuál?

—¿Qué pensará el verdadero asesino cuando vea que otra persona es arrestada?

—Si no es mi marido, que lo dudo mucho, el culpable se alegrará —vacilo—, ¿no?

—¿Tú crees? —duda él.

—Si tu fueras el asesino, y arrestaran a otra persona —pregunto, firme—, ¿no te alegraría eso?

—¿Y si es alguien que se arrepiente y quiere admitir el crimen? ¿Qué nos pasaría entonces por haberle acusado?

—En primer lugar, dudo mucho que el asesino confiese…

—¿Cómo puedes estar tan segura? —irrumpe Bosco, con curiosidad.

—Sencillamente, lo estoy —exhalo, encogiéndome de hombros—. Y, en segundo lugar, nosotros no vamos a acusarle directamente. Solo vamos a cargarnos su coartada. Lo único que le exime de ser culpable.

—Está bien —dice él, más relajado—. ¿Y qué hacemos ahora? ¿Qué tienes pensado?

—Vamos a la comisaría juntos, les decimos que estaba muy nerviosa y he venido a verte esta noche porque necesitaba contar la verdad…

—¿Solo eso?

—Solo eso —afirmo—. Que tú me has consolado y hemos decidido contar que estamos juntos.

—Está bien —balbucea Bosco, convencido—. Hagámoslo.

Bosco parece mentalizado.

Se encamina hacia el pasillo que conduce al dormitorio para vestirse antes de salir y, aunque todo está saliendo como quería, no puedo evitar detenerlo.

—Oye…

Se vuelve hacia mí con curiosidad, como si le extrañara que tenga algo más que decir.

—Dime.

—¿Por qué me ayudas? —pregunto, dubitativa—. Tú me odias, ¿no? ¿Por qué te arriesgas tanto por mí?

No responde enseguida. Se queda quieto, como si buscara una respuesta que no termina de convencerle ni a él mismo.

—Supongo que, aunque tu marido no sea el asesino, se portó mal con ella —dice al final, sin demasiada credibilidad—. Casi la obligó a abortar, ¿no? Eso también merece un castigo.

# CAPÍTULO 27

## Isabel Ferrándiz

*En la actualidad*
*Domingo, 17 de noviembre*

En cuanto escucho la puerta del baño cerrarse, sé que es mi momento. Bosco se está vistiendo, pero no dispongo de mucho tiempo; es ahora o nunca.

Camino por el pasillo, tratando de no hacer ningún ruido que delate lo que estoy a punto de hacer. Bueno, ni siquiera estoy segura de lo que estoy haciendo. Pero tengo un pálpito. Una fuerte intuición de que debo hacer algo antes de marcharme.

Me descalzo para ser más sigilosa. Dejo mis botas a un lado del pasillo y empiezo a andar. El suelo está frío. Helado, en verdad. Ojalá Bosco hubiera puesto la calefacción en cuanto he venido.

Noto cómo me tiemblan las piernas. Eso es culpa del alcohol, que me obliga a caminar torcida, a tambalearme.

Entro en el dormitorio con cuidado, alerta, pendiente de todo lo que pasa a mi alrededor.

Aunque está oscuro, poco a poco voy reconociendo lo que tengo delante. Mis ojos se adaptan a la oscuridad.

Pensaba que me iba a costar más. Que quizás los habría escondido o que ni siquiera estarían aquí. Pero tenía razón con ese presentimiento.

Aquí están.

Sobre el tocador, junto a un estuche de lentillas y un frasco de gotas, encuentro los pendientes azules tallados en forma de gota. Esos que Candela siempre llevaba puestos. Esos que le regalé en su treinta y cinco cumpleaños. Sus favoritos.

Los cojo con dos dedos, temiendo que se me resbalen por el sudor, con el corazón a mil.

Pensaba que nunca más los vería y ese pensamiento me entristece. Es la primera vez que los veo y no están colgados de sus orejas.

Me tiemblan tanto las manos que es un milagro que no se me resbalen.

—¿Qué haces?

Su voz suena detrás de mí, cerca y hostil. Me recuerda al rugido de una bestia.

Me giro despacio. No hay excusas en mi cabeza. No hay justificación alguna. Estoy en blanco.

Bosco está en el umbral, mirándome como lo haría un animal salvaje a su presa.

Sus ojos se clavan en los pendientes como si fueran una pistola apuntándole al pecho. Y, sin embargo, la única que está asustada de

los dos soy yo.

—¿Esto… es tuyo? —pregunto, levantándolos un poco, con un temblor sostenido en la voz.

Mi voz suena rara, distorsionada.

Él da un paso hacia mí. Yo, automáticamente, doy uno hacia atrás. Es cuestión de supervivencia. Pero sé que, si continúa acercándose, llegará un momento en el que no me quede espacio para retroceder. Solo pared.

—Déjalos donde estaban —dice con una cadencia lenta y amenazante. Cada palabra se clava en mí como la puñalada de un cuchillo.

¿Que los deje? ¿Por qué los iba a dejar? Son de Candela, no suyos.

—No —respondo, con un hilo de voz que el viento consigue ensordecer—. Contéstame…

El aire cambia. Algo se rompe entre los dos. Toda esa complicidad se desvanece como si nunca hubiera existido.

De nuevo, vuelvo a ser una extraña para él. O, peor aún, una amenaza conocida.

—¡Que los sueltes!

Suena tajante con su orden. Me mira como si esperara que lo hiciera, pero no lo hago.

Me quedo inmóvil, intentando apaciguar mis nervios. Intentando sacar algo de carácter e imponerme a él.

—No sabes lo que estás haciendo —añade, con la voz afilada.

Sus palabras suenan a advertencia, a la antesala de una explosión. No piensa avisarme ni una vez más.

—Claro que lo sé —digo, con una sonrisa que no reconozco—. Entiendo muchas cosas.

Entonces, no me da tiempo a reaccionar. Su mano sale disparada y me golpea la cara con una fuerza seca brutal. El impacto me lanza de espaldas al suelo.

Siento el sabor metálico de la sangre en la boca antes incluso de notar el dolor.

Los pendientes caen y rebotan contra el suelo, perdiéndose bajo la cama. Lo que más me duele en ese momento es perderlos.

Intento ponerme de pie, estirar el brazo, cogerlos y salir corriendo de allí. Pero, por más que lo intento, mi cuerpo no responde. No acata la orden. No me quedan fuerzas.

Entonces los ojos se me cierran y solo puedo pensar en que he fallado a Candela.

# SEGUNDA PARTE: ENGAÑO

Y luego está el engaño.

Este no empieza el día en el que alguien desaparece, sino mucho antes.

# CAPÍTULO 28

## Isabel Ferrándiz

*Unos años antes*
*Miércoles, 30 de abril*

Llevo veinte minutos mirando una bandeja de dulces como si pudiera resolverme la vida. Sé que debería cogerla y ya está, pero no puedo.

Todo es culpa de esa revista del corazón que he hojeado esta mañana. Mujeres de cuerpos perfectos hablando de dietas imposibles y de la maldita operación bikini.

Yo solo quería leer el artículo sobre cómo superar una ruptura, pero he acabado despechada y acomplejada.

Desde que Bosco me dejó, no lo he llevado muy bien que digamos.

La dependienta de la sección de bollería me juzga desde hace un rato, como si pudiera oír mi debate interno.

Menos mal que el parking es gratis; de lo contrario, esta crisis existencial me estaría saliendo más cara que las cuatro cosas que venía a comprar.

Entonces, una mujer con su hija pasa por delante y se lleva la última bandeja de palmeras de chocolate. Bueno, asunto resuelto.

Me quedo inmóvil, asimilando la vergüenza. La dependienta sonríe mientras coloca las barras de pan. Luego se va. Al parecer, no quería perderse cómo acababa esto.

Trago saliva, me doy media vuelta, y decido refugiarme en el pasillo de las verduras.

Estoy calculando cuántos brócolis debería comprar cuando la veo. La reconozco antes de entender de dónde me suena. Es la prometida de Bosco. Bueno, exprometida.

La última vez que la vi, irradiaba seguridad. Ahora, parece otra persona. No sabría decir qué ha cambiado, pero tiene la tez apagada, el pelo grasiento y descuidado, y unas ojeras profundas que ensombrecen su cara. Además, tiene un ojo morado y varios hematomas estampando sus brazos. Es difícil no fijarse en ellos.

Me quedo ahí parada, en medio del pasillo, debatiéndome en si debería saludarla o no.

Entonces hacemos contacto visual. Ella toma esa decisión por mí, acercándose como si hubiera algo importante que debemos resolver.

—Hola… —me saluda.

Su voz es débil. Abre los ojos como si hubiera visto un fantasma.

Por un segundo, pienso que es culpa mía, que me mira así por haber roto su compromiso. Pero no. No me está mirando a mí. Está mirando alrededor, atemorizada de lo que pueda haber; o, más bien, de quien pueda haber.

—¿Está… está Bosco contigo?

Oír ese nombre me atraviesa. Igual que a ella pronunciarlo.

—Siento mucho lo que pasó —murmuro mientras ladeo la cabeza —. Bosco y yo ya no estamos juntos.

Entonces da un paso hacia mí. Huele a miedo y a sudor.

—Escúchame —susurra—, ten cuidado con él.

—¿Cuidado… cómo?

—Aléjate de él. Todo lo que puedas.

—Pero, no entiendo... —balbuceo—, ¿qué pasa?

Pero para cuando digo esas palabras, ella ya se está alejando. Retrocede como si hubiera dicho demasiado y tuviera que escapar de la magnitud de su confesión.

Mis ojos la siguen mientras se aleja por el pasillo sin saber que esa será la última vez que la vea. Sin saber que, dentro de una semana, la encontrarán muerta en su casa, supuestamente por una sobredosis de antidepresivos.

# CAPÍTULO 29

## Isabel Ferrándiz

*En la actualidad*
*Domingo, 17 de noviembre*

Hay un sabor químico en mi paladar, casi dulce. Cuando abro los ojos, tardo unos segundos en comprender de dónde viene.

La cinta aislante me cubre la boca y roza mi nariz, dificultándome la respiración. Cada inhalación es corta y torpe.

Estoy en una silla metálica plegable, atada de manos y pies a ella, con tantas capas que ya no distingo dónde termina mi cuerpo y dónde empieza la cinta.

Bosco está sentado al borde de la cama. Tiene los pendientes entre los dedos y los observa con una atención casi reverente, como si al tocarlos pudiera invocar a la mujer que siempre los llevaba puestos.

Sus hombros están caídos, su postura es extrañamente íntima. Casi tierna. Pero eso me da más miedo que otra cosa.

Intento quedarme quieta, que no vea que he abierto los ojos; poder ser una espectadora un rato más. Pero un gemido de dolor se me escapa sin permiso. El sonido me traiciona.

Bosco levanta la vista. Me mira con desprecio, como si hubiera interrumpido algo privado. Deja los pendientes sobre la cama y se levanta.

Entonces me fijo en que encima del colchón están todos los objetos de mi bolso. Mi teléfono, la cartera abierta y su contenido esparcido, las llaves, la crema de manos a medio acabar, el gel antibacterial, los chicles de sandía y la grabadora. Solo que ahora está apagada.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo.

Ni siquiera sé si esto es real o es solo una pesadilla muy bien construida. Pero si lo es, rezo para poder despertar.

Tengo un miedo feroz de que vuelva a golpearme; de que descargue otra vez esa furia seca contra mi cuerpo. Sobre todo, porque sé de lo que es capaz. Pero no lo hace. Y, la espera, es mucho peor que el posible golpe.

En lugar de eso, se inclina sobre mí y despega la cinta de mis labios de un tirón lento y deliberado. El dolor es punzante y no desaparece hasta el cabo de unos segundos.

—Seguro que nunca imaginaste al venir aquí —dice él, en tono de burla—, que acabarías así.

Estoy demasiado agotada como para hablar.

La cabeza me da vueltas. Así que, me limito a mirarlo, desorientada, tratando de enfocar su rostro. Lo veo algo borroso,

pero mi mente es capaz de llenar los huecos, imaginar los lunares o las arrugas de su rostro.

—¿Nunca te han dicho que está muy mal mentir? —añade, vacilante, clavando sus ojos en mis pupilas.

Quiero disculparme. Suplicarle. Decirle que me suelte, que me deje marchar, que ha sido un error venir aquí. Pero las palabras se amontonan y ninguna consigue salir.

Estoy demasiado cansada y mareada. Y, de todas formas, no serviría de nada. Bosco carece de empatía.

—Vas a contarme a qué has venido —dice Bosco mientras agarra un cuchillo de acero del tocador que antes no estaba ahí—, o tendré que matarte, Isabel. Y sabes que soy capaz, así que no me obligues.

El brillo del metal me paraliza. Solo de ver la hoja, puedo imaginar el pinchazo que supondría un corte en la piel con eso.

—¿Igual que hiciste con Candela? —balbuceo casi sin voz, entre gemidos.

Bosco sonríe. No es una sonrisa amable ni nerviosa. Es una sonrisa retorcida y malvada. Casi parece sentirse orgulloso de haberlo hecho.

—Eso ya lo sabías —dice—. Por eso tenías esa ridícula grabadora encendida, ¿no? Aunque no entiendo tanta mentira y tanta tontería con lo de tu marido…

Trago saliva. Me cuesta demasiado hacerlo.

—Ah, es cierto —añade él, con más frialdad—. No estás casada. Lo he comprobado mientras dormías. Eres una pequeña mentirosa.

—Bosco, yo… —empiezo, suplicante.

Rápidamente, me pone un dedo sobre los labios. Me ordena callar sin decirlo, solo con esa leve presión. Yo no me resisto. Dejo de hablar porque no quiero enfadarlo.

—No estás casada, Isabel —ladea la cabeza, molesto—. Puta mentirosa.

Yo permanezco callada, con miedo a hablar.

—Te voy a hacer una serie de preguntas —me ordena—, y más vale que las respondas.

—¿Y si… no quiero? —susurro.

—Si las contestas, aún tienes la posibilidad de vivir. Pero si no… —susurra mientras levanta ligeramente el cuchillo—, esto se acaba aquí.

Asiento despacio, dócil, mientras en una fracción de segundo repaso todas las maneras en las que esto puede salir mal. Hay tantos finales trágicos, que me limito a imaginar el menos doloroso y convencerme de que ese estaría bien. De que, entre todas esas muertes que podría sufrir a manos de él, hay una con la que me podría conformar.

Él guarda silencio unos segundos, pensativo, disfrutando del control. Parece que él ya sabe cómo terminara la noche, y le gusta.

# CAPÍTULO 30

## Isabel Ferrándiz

*Hace unos meses*
*Viernes, 12 de septiembre*

Una lluvia inesperada ha sorprendido a la ciudad; algunos valientes corren, cubriéndose con cualquier cosa, hasta llegar a la boca del metro o alguna parada de autobús. Otros huyen despavoridos para resguardarse en la tienda o cafetería más cercana, maldiciendo al hombre del tiempo.

Mi cuerpo me conduce hasta una cafetería en la que está entrando todo el mundo. Yo cedo, por inercia, aunque una parte de mí habría preferido parar un taxi y regresar a casa.

Lo primero que me llama la atención es el suelo de tablero de ajedrez, encharcado y brillante, las luces cálidas, y la barra de madera antigua. Hay un aroma a pan recién hecho que me hace entrar en calor con solo olerlo.

Me sorprende el ruido condensado en estas cuatro paredes; muchas conversaciones superpuestas. La gente habla del temporal mientras mira por el escaparate sin saber qué hacer, sin saber cuándo va a parar; sopesando si es buena idea salir e intentar regresar a casa o si es más sensato esperar a que amaine.

Mis ojos barren el local en busca de algún asiento libre, pero ven algo que hace que mi corazón se detenga. Algo que jamás esperaría encontrar.

Han pasado muchos años, pero es imposible no reconocer a Bosco. Lo miro y es como si el tiempo nunca hubiese pasado.

Para mi sorpresa, no está solo. Una mujer a la que reconozco se sienta frente a él, riéndose de algo que él dice, inclinada con esa complicidad que se traduce en química.

Mi pecho se encoge mientras ato cabos. Estoy ante una realidad amarga que me cuesta demasiado admitir.

Candela lleva días rara, inusualmente feliz. Aunque le estuve preguntando a qué se debía, ella no quiso hablar del tema. Pero ahora ya sé el motivo.

¿Por qué demonios están juntos? ¿Desde cuándo? ¿Cómo pueden hacerme esto?

Las preguntas sin respuesta se me atascan en el pecho. ¿Sabrá ella que Bosco y yo compartimos un pasado? ¿Le habrá dicho Bosco la verdad de lo que pasó entre nosotros?

Cada fibra de mi cuerpo grita y, al mismo tiempo, me congela. No me puedo mover. Estoy obligada a ver este desastre.

*

Hacía tiempo que nadie la miraba así.

Candela observa las pupilas dilatadas de Bosco y se pregunta cómo puede ser que no se conocieran antes.

Hace unas semanas, ni siquiera sabía de su existencia. Era una mujer aburrida, relegada a una vida insípida: un marido soso, un trabajo de oficina sin emoción. Todo rutinario.

Cuando le asignaron ese reportaje sobre cómo es el trabajo de investigador privado, no pensó que eso la llevaría a este momento, a esta plenitud.

Sus manos se rozan por encima de la mesa. Hay algo trágico en que los dedos de Bosco acaricien su alianza, pero a ninguno parece importarle de momento. Están a gusto el uno con el otro; tanto que llevan un buen rato en silencio. Sobran las palabras cuando se dicen tanto con la mirada.

—Tengo una propuesta indecente que hacerte —dice Bosco, con un tono grave que se pierde entre el barullo de gente.

—Esas son las mejores —responde Candela, mientras se coloca el pelo detrás de la oreja—. Tú dirás.

—Sé que es pronto —empieza diciendo—, pero ¿qué te parece si pasamos de la reserva y vamos a mi casa a cenar?

—¿Solo a cenar? —se asegura Candela, con un tono de picardía en su voz.

Hacía tanto tiempo que no tonteaba así, que se le hace hasta raro. Es como si fuera otra la que habla por ella.

Lo peor de todo es que, aunque Candela está dispuesta a todo con él, no logra sacar de su cabeza a su marido. Esto que está haciendo no está bien. Está engañando a Guzmán, aunque su «Hasta que la muerte los separe» sea una promesa sin valor.

Sin embargo, sabe que decírselo sería peor. Guzmán necesita compañía y apoyo. Que le rompan el corazón es lo peor que le podría pasar.

Así que, lo más prudente es mantenerlo en secreto una temporada; al menos hasta que se aclare y decida qué hacer.

—Cenar y lo que surja… —añade él.

Acorralada por las dudas, Candela se obliga a no pensar en su matrimonio. Aunque una voz en su cabeza le aconseja que vuelva a casa con su marido, todo su ser la empuja a cometer este acertado error.

Además, algo le dice que irse a casa con Bosco es lo mejor que puede hacer.

# CAPÍTULO 31

## Isabel Ferrándiz

*En la actualidad*
*Domingo, 17 de noviembre*

—¿Alguien más sabía que estarías aquí? —me pregunta.

No sé qué responder.

Si digo que no, podría matarme ahora mismo con la tranquilidad de que nadie me buscaría aquí. Pero, si digo que sí, podría hacerle daño a esa persona para no dejar cabos sueltos. Es una pregunta con trampa.

—No contabas con que nadie supiera que tú eras su amante... —susurro, sin voz, tratando de ganar algo de tiempo.

—¡Responde! —exige, perdiendo la paciencia.

—No.

—¿Estás segura? ¿No me estarás mintiendo?

—No —repito, con la poca firmeza que consigo reunir.

Mis nervios me sacuden, las piernas me flaquean, la garganta se me seca y siento un sudor frío recorriéndome la espalda.

—¿De qué conoces realmente a Candela? — continúa él—. Ahora que sé que te inventaste lo de tu marido, no me cuadra nada.

Tardo unos segundos en recuperar el aliento y encontrar las palabras.

—Trabajé en un bar al que iba ella cada mañana — digo, al fin—. Así nos hicimos amigas.

—¿En un bar? —ríe, burlón—. Ya decía yo… ¿Cómo ibas a ser actriz, Isabel? ¿Has visto lo mal que mientes?

Aprieto los labios con rabia. Me obligo a morderme la lengua para no decirle que, aun así, le he engañado durante toda la noche, así que tan mala actriz no seré.

—Espera… —dice de pronto—. Si sabías que Candela estaba conmigo, ¿por qué no le contaste nada? ¿No le hablaste de nuestra relación o qué?

Bajo la cabeza, humillada. Abatida por la culpa. Las lágrimas empiezan a deslizarse sin que pueda detenerlas. Me odio por estar llorando delante de él. Detesto que Bosco me vea así, débil. Él, en cambio, parece disfrutar del espectáculo.

—No…

—¿Te contó ella que estaba saliendo conmigo?

—No, os vi juntos...

—¿Cómo me descubriste, Isabel?

—Sé cómo eres —escupo, enfadada—. Eres violento y controlador. Solo tuve que imaginármelo y todo encajó. En cuanto desapareció, supe que era cosa tuya…

De pronto se acerca hasta que la distancia entre ambos es mínima, de apenas unos milímetros. Me acaricia las mejillas con ambas manos. El calor de su piel contrasta con el helor que siento por todo el cuerpo.

El contacto no es dulce. Sentir su roce me eriza la piel. Me asquea. Me hace sentir pequeña y vulnerable.

—Pero no sabes cómo lo hice —dice, casi en un susurro—, ¿verdad?

—No.

—¿Y quieres saberlo?

# CAPÍTULO 32

*Día 1*
*Martes, 12 de noviembre*

—Estás muy callada esta noche —dice Bosco.

Tiene la mirada puesta en el Dacia Sandero que hay aparcado a tres o cuatro metros de ellos.

—¿Te sorprende? —pregunta Candela, agotada.

Entonces Candela aprieta los labios con fuerza, sin saber si hablar o no, hasta que finalmente estalla:

—He accedido a venir porque pensaba que te ibas a disculpar por comportarte como un cretino, así que, tú me dirás…

A Candela le cuesta pronunciar estas palabras. No le gusta estar mal con él. Bosco suelta una risa seca.

—¿De verdad esperas que me crea que ese niño es mío?

Candela parpadea, sin dar crédito a lo que acaba de oír. Se queda unos instantes inmóvil, perpleja.

—¿Perdona?

—A saber a quién te habrás estado tirando tú…

—¿Es una broma? —consigue balbucear.

—No —niega él—. No es broma.

—¡Es tuyo, Bosco! ¡No he estado con nadie…!

—¡Qué te calles! —grita él, colérico—. No te creo, joder. No me voy a hacer cargo y punto, ¿te enteras?

—Vale —dice ella, desafiante—. Pues hacemos una prueba de paternidad, ¿es eso lo que quieres? ¿Te quedarás tranquilo si…?

—¡Qué no! —grita Bosco, con la respiración entrecortada—. Dios, no te enteras, eh. Pareces idiota.

Candela se encoge de hombros, se hace pequeña. No se puede creer que alguien que hace unos días la hacía sentir querida, ahora le esté hablando así. El desprecio de su tono es nuevo y terriblemente doloroso.

Había depositado todas sus esperanzas en él, y ahora todo se ha arruinado.

—No quiero ser padre, ¿vale? Y si quisiera serlo, no sería contigo.

—¿Qué dices, Bosco…? —balbucea Candela, moqueando.

Es lo único que su cansada voz es capaz de decir. Si añade algo más, empezará a llorar de forma desconsolada.

—Me lo he pasado bien estos meses, pero no quiero que la cosa se ponga seria —explica él, más calmado—. No quiero tener este bebé, ¿vale? ¿Te queda claro ya o te lo tengo que decir más veces?

—¿Me lo dices en serio? —salta ella.

Entonces él deja escapar un suspiro largo, harto de tener que justificarse.

En ese instante, el Dacia Sandero que había aparcado en el mirador arranca y desaparece por la curva.

Están solos.

—Sí —afirma Bosco, fatigado—, te lo digo en serio.

—¿Pues sabes qué?

—¿Qué?

—¿Sabes el reportaje que te estaba haciendo? — Bosco asiente, con el ceño fruncido, sin entender a dónde quiere ir a parar—. Lo voy a publicar explicando cómo eres en verdad.

—¿Cómo soy yo en verdad? —repite, desafiante.

—¡Sí!

—Y cómo soy yo, ¿eh? ¡Ilústrame! ¿Qué vas a decir de mí?

—Que eres un hombre controlador, abusivo y violento —dice ella, ahogándose, sin una pausa para coger aire—. ¡Todos van a saber cómo eres! ¡Todo el mundo sabrá la verdad! ¿Te enteras? ¡Estás acabado!

—¡No te atreverás!

—¿Qué no? —le dice Candela, con una sonrisa llena de condescendencia—. ¡Mañana mismo lo escribiré y lo enviaré…!

# CAPÍTULO 33

*Día 1*
*Martes, 12 de noviembre*

«—No sé qué me pasó en ese momento —confiesa Bosco, sonriente—. Pero me abalancé sobre ella y la ahogué con mis propias manos. Cuando empecé a apretar, no pude parar…

—No… —gimoteo, como si conocer esta verdad fuera lo peor que pudiera pasarme en esta habitación.

—Tranquila —dice él, con una amplia sonrisa—, fue rápido. A los pocos segundos, ya había perdido el conocimiento. No se enteró de nada…».

*

Bosco arranca el coche, atento a cualquier movimiento a su alrededor. Escudriña los retrovisores y fija la mirada en la carretera vacía. No hay nadie. Aun así, espera unos segundos antes de pisar el acelerador. Quiere estar seguro de que no haya nadie. Debe estar seguro.

En lugar de tomar la carretera que conduce a la ciudad, gira hacia la otra, la que se adentra en el bosque. Esa no le interesa todavía.

No por ahora. Primero debe deshacerse del cuerpo de Candela.

Dentro del vehículo se instala un silencio antinatural; uno al que no está acostumbrado. La verdad es que le pone nervioso.

Es extraño tener a Candela sentada a su lado y no escucharla hablar. Ningún comentario, ninguna risa. Nada.

Bosco aprieta el volante con fuerza y trata de no pensar en eso. De liberar su mente de lo que ha hecho y de las consecuencias que eso conlleva.

Lo bueno del estrangulamiento, piensa, es que no deja rastro. No hay sangre. Tampoco hay salpicaduras en la tapicería ni manchas imposibles de eliminar. No hay nada que, a simple vista, convierta su coche en una escena del crimen.

Desde fuera, podría parecer solo un hombre conduciendo de noche, concentrado en la carretera, y su mujer aparentemente dormida en el asiento del copiloto. Todo normal.

De todas formas, es una persona prudente, y llevará el coche a limpiar. No quiere dejar ni rastro de que Candela estuvo ahí.

Avanza durante unos veinte o treinta minutos por un camino estrecho y pedregoso, flanqueado por árboles desnudos y ramas secas que se inclinan sobre el coche.

A pocos metros, oculto entre la maleza, está el lago. Cada año, a comienzos de diciembre, se congela, y todo lo que haya en lo más profundo queda sepultado.

Sin duda, es el lugar perfecto. Solo tiene que llegar hasta allí, aparcar en la orilla y arrojar el cuerpo al agua. Dentro de unos días se congelará.

Allí no la encontrarán.

# CAPÍTULO 34

## Isabel Ferrándiz

*En la actualidad*
*Domingo, 17 de noviembre*

—Fue más fácil de lo que crees… —dice, con una frialdad imposible de fingir.

Yo tardo unos segundos en reaccionar, afectada por su crueldad. Intento no ser expresiva para no darle la satisfacción de verme así de descompuesta, pero es inevitable. Estoy rota por dentro.

—¿Cómo pudiste? —estallo, entre lágrimas, con falta de aire en mis pulmones.

Llevo todo el rato tratando de evadirme, de no escucharle, pero ha sido imposible. Mi cabeza, siempre fanática de visualizar las cosas con nitidez, no ha podido soportar la imagen de Candela hundiéndose en ese lago. Su cuerpo frío, relegado a la oscuridad.

Las náuseas me invaden al momento.

Mi cuerpo rechaza conocer esa verdad. No hay hueco en mi cabeza para eso, pero tampoco existe forma de olvidarlo.

Sé que, si sobrevivo, esta imagen mental será peor condena que haber muerto.

—La idea del lago fue brillante —comenta él, risueño—. Si el imbécil de su marido hubiera estado en casa esa noche, todo esto habría acabado antes...

Sacude la cabeza, molesto.

—Lo que quiero saber es —dice Bosco, acercándose a la cama para coger la grabadora—, ¿qué pretendías con esto?

Suelta una carcajada burlona y ofensiva, ladea la cabeza y me mira, divertido.

—¿Creías que me iba a delatar o qué?

No soy capaz de hablar. Me siento ridícula ante su condescendiente mirada.

—¡Te estoy hablando! ¿Estás sorda o qué te pasa? —grita él, colérico—. Respóndeme, Isabel.

Entonces, para tratar de tranquilizarlo, me obligo a hablar.

—Pensaba que, si aceptabas inculpar a otra persona por su asesinato, podría… no sé, demostrar que tenías un motivo personal para ayudarme —carraspeo, nerviosa.

Pasan varios segundos hasta que su mirada severa consigue sacarme una confesión más elaborada.

—Pensaba que sería sospechoso que fuéramos a la comisaría y dijeras que una persona que no existe es la culpable de su desaparición…

—Qué hija de puta eres… —grita él, fuera de sí, dándole una patada al tocador. Todos los objetos tiemblan por el impacto.

Lanza la grabadora al suelo y la pisa con rabia una y otra vez hasta reducirla a un amasijo de plástico y metal irreconocible. Ahí, entre los restos, yace una prueba sólida que ya no podré usar.

El chasquido seco de las piezas al romperse me atraviesa como un disparo. Está todo perdido. He sido una ingenua al creer que podría conseguirlo yo sola.

—Siempre has sido mala, Isabel.

—¿Mala, yo…?

Mi voz suena rota. Ni siquiera parezco yo la que habla. Es como si ya fuera un cadáver.

—Sí —afirma, con convicción—. Una zorra calculadora. Da gracias de que hoy te haya dejado entrar a mi casa después de lo que me hiciste. No te merecías ni que te hablara.

—¿Lo que te hice? —digo mientras me rompo a llorar de forma frenética—. Estaba enamorada. Solo quería lo mejor para ti.

Bosco bosteza, aburrido. Su indiferencia es un puñal en mi pobre corazón. Pone los ojos en blanco, como si mi dolor fuera una molestia.

Luego se acerca despacio, con esa calma antes de una tormenta, y vuelve a colocarme la cinta aislante sobre la boca.

Me gustaría resistirme, forcejear, morderle los dedos o hacer cualquier cosa para detenerle, pero el golpe me ha dejado más débil de lo que quiero admitir. Mi cuerpo no responde.

Por eso siento como si ya estuviera medio muerta.

—Eres un mal bicho —dice mientras ajusta la cinta aislante con brutalidad—. Ahora lo entiendo todo. Por eso sabías tanto de Candela. Por eso hacías tantas preguntas.

Hace una pausa calculada y añade, en un susurro:

—Por eso estabas aquí.

Intento tragar saliva, pero esta vez el aire no entra bien. Me asfixio conmigo misma. Me falta oxígeno. Un gemido ahogado se me queda atrapado en la garganta. Ni siquiera mis lamentos pueden atravesar la cinta.

—No tendrías que haber venido, Isabel —añade, después de una pausa demasiado larga—. ¿Sabes por qué?

Ladeo la cabeza lentamente. Lo justo para que lo entienda.

Entonces se inclina hacia mí. Su cara queda demasiado cerca. Su cálido aliento me golpea mientras dice:

—Porque vas a morir.

# CAPÍTULO 35

## Isabel Ferrándiz

*Hace tres horas*
*Domingo, 17 de noviembre*

«—¿Sabes una cosa? Ahora entiendo por qué sabes tanto sobre el caso —dice Bosco mientras juega a pasarse el cuchillo de una mano a otra—. Cosas que no han salido en la prensa, como lo del embarazo…

Miro a Bosco mientras trato de hacerme oír a través de la cinta aislante, aunque no sirve de nada.

—Al principio, he pensado que eras muy tonta al creer que había sido tu marido. Luego ha habido cosas que me han llamado la atención. Pero era tan conveniente para mí, que había decidido ayudarte —responde, firme—. Es una pena, porque me habías convencido… Tu intento de pillarme ha sido patético, Isabel. Como tú».

*

—¿Voy a tener que ponerte una orden de alejamiento, Isabel? —pregunta la inspectora Morant, con medio cuerpo aún protegido tras

la puerta.

—Perdón —me disculpo, de forma automática, sin aliento—. No podía dormir.

No lo puedo evitar. Estoy todo el día pensando en Candela. Pendiente de que regrese, de cualquier novedad del caso, y de que no se confirmen mis peores sospechas. De que su muerte solo sea una posibilidad, una teoría a descartar, y no una certeza.

Es la quinta vez esta semana que la inspectora Morant y yo nos vemos. La primera vez la esperé a la salida de la comisaría, fingiendo que pasaba por ahí de casualidad. Al día siguiente, la seguí en taxi hasta su casa. Las otras veces ya no me he molestado en disimular y he venido directamente a su apartamento, como ahora.

—Yo tampoco puedo dormir —dice ella, seca—. Pero no puedes seguir así. Tienes que dejarnos trabajar.

—No dejo de pensar en Candela —la interrumpo, con la voz quebrada—. ¿Sabéis algo más?

La inspectora Morant cierra los ojos un segundo. Cuando vuelve a abrirlos, su expresión es de cansancio, pero también de lástima. Esa mirada que se reserva para los familiares que aún no han entendido que esta espera nunca es para recibir buenas noticias. Que, pasados tantos días, hay que prepararse para lo peor.

—Por favor —insisto, abrumada—. ¿Ha habido algún avance? Necesito saberlo…

—No —responde la inspectora, al fin.

—¿Seguro? —pregunto, acelerada, con la voz cargada de desesperación y miedo—. ¿Nada nuevo?

Entonces da un paso hacia mí y me apoya la mano en el hombro. Aunque hay compasión en su gesto, solo percibo lo ridículamente desesperada que debo estar pareciendo.

—Isabel, vete a casa. Va a empezar a llover y es tarde —exhala ella—. Te prometo que cuando encontremos a Candela, te llamaré.

Trago saliva.

Sé que esa llamada no llegará. Me muerdo la lengua para no decir lo que pienso, pero se me escapa.

—Querrás decir su cuerpo.

La inspectora Morant se tensa.

—Isabel —protesta, incómoda—. No empieces. Vete a casa.

La inspectora Morant hace el amago de cerrar la puerta, pero consigo deslizar y meter el pie antes de que pueda hacerlo.

Ella me mira sorprendida, como si se me hubiera olvidado que es policía y estoy allanando su casa.

—Fue su amante —digo, atropellándome—. Estoy segura de que fue él.

Ella me observa en silencio durante unos segundos que se me hacen eternos. Sé que no tiene ganas de seguir hablando conmigo, pero se obliga a preguntarme:

—¿Cómo puedes estar tan segura?

No soy capaz de contestar. A estas alturas, ya no sabría por dónde empezar. Tampoco sabría cómo explicar el no haber hablado antes de mi relación con Bosco.

He sido una idiota al no contarlo.

Una parte de mí desearía volver atrás en el tiempo, a la primera vez que la inspectora vino a hablar conmigo, y contarle la verdad. Explicarle todo lo que ha pasado y lo que sé de Bosco. Pero no puedo. Estoy anclada a un presente que detesto.

Al ver que no contesto, la inspectora dice:

—Estamos investigando todo, ¿de acuerdo? Cuando sepamos algo con certeza, te avisaré. Buenas noches.

Entonces cierra la puerta y, aunque sé que me daría tiempo a volver a meter el pie, no lo hago.

Me quedo sola, obligada a enfrentarme a la sensación de que todo lo que podía hacer, ya lo he hecho. A no tener nada nuevo a lo que aferrarme. A la brutal sensación de vacío.

Soy consciente de que debería volver a casa y darme por vencida, pero no puedo.

No tardo demasiado en trazar un plan. Lo cierto es que la idea aparece mientras bajo las escaleras, resignada, y se termina de gestar mientras cruzo el portal.

Entonces lo decido.

Estoy dispuesta a intentarlo a pesar de que podría salir fatal. Es lo único que puedo hacer. Han pasado muchos años, y no hay ninguna

garantía de que vaya a salir bien, pero debo hacerlo; debo hacerle una visita.

No debería ponerme tan nerviosa. Al fin y al cabo, soy actriz. Soy una muy buena actriz. Solo tengo que darle forma a una historia creíble y enfocarme en hacer la actuación de mi vida.

# CAPÍTULO 36

*En la actualidad*
*Domingo, 17 de noviembre*

La inspectora Morant siempre ha odiado ese tipo de vecindarios. Son tan ordenados que es fácil perderse por ellos.

Por aquí los chalets son idénticos, en cada garaje se ven los mismos coches de alta gama y todo resulta sumamente caro y artificial. Aunque, claro, si le regalaran una casa aquí, se mudaría corriendo y no lo pensaría dos veces.

El agente Maza toca el timbre y espera. A pesar de que una cortina de agua cae sobre ellos, y la oscuridad los acecha desde que han bajado del coche, algunos relámpagos iluminan sus rostros serios.

El agente Maza está nervioso, alerta ante lo que puedan encontrar. La inspectora lo disimula mejor, aunque siente la misma tensión.

Al cabo de unos segundos, un hombre medio adormilado abre la puerta, confundido al ver a dos personas en su puerta a las casi cuatro de la madrugada.

La inspectora lo reconoce al momento. Es el mismo hombre con el que habló el otro día, el amante de Candela. Solo que aquella vez

iba de traje y parecía mucho más relajado. Ahora, en retrospectiva, parece tenso. Como si lo hubieran interrumpido en mitad de algo importante.

—¿Sí? —dice Bosco, con una voz afónica y áspera.

Se frota los ojos y se sacude el sueño del cuerpo. Se esfuerza demasiado en parecer cansado exagerando los gestos.

—Buenas noches, señor de Ulloa —saluda la inspectora Morant, firme, aunque le tiemblan las piernas—. No sé si se acuerda de mí, hablamos el otro día por la desaparición de Candela Soto…

—Ah, sí, sí… —balbucea él, abriendo cada vez más los ojos—. ¿Qué ocurre? ¿La han encontrado ya?

—No exactamente —responde ella, echando un vistazo por encima de su hombro al recibidor—. ¿Podemos pasar un momento?

—Estaba durmiendo, es tarde y… —se excusa él, nervioso. Todo su cuerpo se tensa ante el peligro inminente que supone esa visita.

—Ah, ¿sí? —pregunta la inspectora, incrédula—. Porque mientras veníamos, hemos visto luz.

Bosco se muerde la lengua. La falsa cortesía de la inspectora le ha arrancado la máscara de hombre adormilado. Ahora está despierto, consciente.

Mientras Bosco se decide entre si decir que se había levantado a por un vaso de agua o para ir al baño, la inspectora coge carrerilla y remata su ataque con un gancho indiscutible:

—Solo serán cinco minutos.

# CAPÍTULO 37

*En la actualidad*
*Domingo, 17 de noviembre*

Todas las alarmas de la inspectora Morant saltan en cuanto nota el calor corporal en su sitio del sofá y las salpicaduras de agua en el suelo y la funda. El par de zapatos que había en la entrada, a un lado del pasillo, también le parecen sospechosos.

Parecían zapatos de mujer, aunque no le queda claro si eran de Candela Soto.

Según la descripción que hicieron con Guzmán, Candela llevaba unos zapatos de tacón negros la noche que desapareció, y en el pasillo hay unas botas marrones, así que no deberían ser suyos.

Sin embargo, ese calzado le resulta familiar. ¿Dónde y cuándo lo ha visto? ¿Por qué le suenan tanto? Sea como sea, no sabe quién ni por qué, pero alguien ha estado allí.

Además, Bosco estaba despierto antes de que llegaran.

Por más que se esfuerce en bostezar y aparentar cansancio, está despierto. No tiene pruebas, pero está segura de que lleva horas así.

—¿Ha pasado algo? —pregunta Bosco mientras se sienta en el sillón orejero de al lado.

—Antes de empezar, deberíamos aclarar una cosa —interviene el agente Maza, lanzándole a la inspectora una mirada que parece pedir permiso para hablar—. Esto es un interrogatorio voluntario. Oficialmente, no le hemos detenido, pero usted colabora y se ahorra la detención…

Bosco se queda pensativo, evaluando mentalmente el riesgo de todas sus opciones. Hay una agilidad mental que es incapaz de disfrazar. Se nota en sus gestos cómo reflexiona a gran velocidad.

—Por supuesto —dice al fin—. ¿Qué necesitan saber?

*

## Isabel Ferrándiz

Oigo voces.

Estoy mareada. Siento como si en cualquier momento fuera a perder el conocimiento de nuevo, pero consigo oír voces.

Espero no estar imaginándomelo, pero juraría que se trata de la voz de esa inspectora que lleva el caso de Candela.

Estos días he estado hablando tanto con ella, preocupada por saber cualquier avance, que reconocería su voz en cualquier situación. Incluso ahora.

Bosco me ha inmovilizado tan bien a esta silla, que apenas puedo retener aire en mis pulmones. La cinta me aprieta tanto el pecho,

que en cualquier momento podría esguinzarme alguna costilla.

Me gustaría poder gritar. Hacerles saber que estoy aquí. Contarles todo lo que sé antes de que Bosco termine conmigo. Lo estoy intentando. Juro que lo intento, pero no soy capaz de emitir sonidos. Solo susurros ahogados. Gritos que mueren antes de salir.

Estoy perdida. Nadie me encontrará aquí.

Yo puedo oírles, pero ellos a mí no.

*

—Hemos geolocalizado el teléfono móvil de Candela Soto —dice la inspectora Morant, firme, esperando que esas palabras le roben una expresión asustada a Bosco.

Él apenas reacciona.

—¿No lo había apagado antes de…? —empieza diciendo Bosco, aunque se muerde la lengua para no hablar más de la cuenta.

«¿Antes de qué? ¿De desaparecer? ¿De que la mataran?», piensa la inspectora, al momento. «¿No se atreve a contestar o es que no sabe qué palabra va a continuación?».

—Exactamente, ¿dónde estuvo con Candela aquella noche? —inquiere ella—. La noche en la que desapareció y en la que, según usted, rompieron…

—Sí, ¿qué pasó realmente? —cuestiona el agente Maza—. Porque creo que no lo llegó a decir.

Bosco traga saliva. Se toma unos instantes para deliberar y, finalmente, responde lo más natural y tranquilo posible:

—Estuve en mi casa. Ella vino y luego se fue.

—Es raro —insiste la inspectora—, porque esa noche usted le mandó un mensaje a las ocho y cuarto diciendo que en cinco minutos llegaba…

—Bueno, sí —repone él, sonriente—. La fui a recoger, vinimos a casa y luego se marchó.

—Pero si vino en su coche, ¿la llevó usted también a la vuelta? —le pregunta el agente Maza, haciendo presión como le ha enseñado a hacer la inspectora en estos casos.

Es una técnica de preguntas rápidas para acorralar a la persona y hacer que conteste rápido. Ahí es donde los mentirosos tropiezan con sus contradicciones y se pierden.

—¿La llevó en coche entonces? —añade la inspectora—. ¿Quedamos en eso? ¿La trajo y luego se la llevó en coche?

—Sí, sí —afirma él, menos seguro.

Bosco ya no parece convencido de qué respuesta es más conveniente darles.

—¿Alguna vez estuvo con ella en un lugar llamado el Mirador de los Tórtolos? —continúa la inspectora.

Bosco la mira confundido, como si fuera la primera vez que escucha ese nombre, aunque esa actuación no convence a nadie.

—No, no me suena, la verdad…

La inspectora Morant sonríe y pregunta:

—Entonces, si geolocalizamos su teléfono, no veremos que estuvo allí esa noche, ¿no?

Bosco la fulmina con la mirada. Está en presencia de un jaque mate que no se esperaba.

Ella sonríe exageradamente para fastidiarlo. Él intenta suavizar su expresión irritada, pero ya es tarde. La inspectora conoce esa forma de mirar. Conoce el odio que está destilando ahora mismo a través de microexpresiones. Está acorralado y lo sabe. Todos lo saben.

—Con mucha educación —dice Bosco, con un tono afilado—, les voy a pedir que se marchen de mi casa.

—Señor de Ulloa… —musita el agente Maza.

—No estoy detenido, ¿no? —les reprocha, mientras se pone en pie y señala la puerta con la barbilla—. Pues, adiós. No tendrían que haber venido.

La inspectora Morant se pone en pie y le da un toque en el hombro a su compañero. Legalmente, no hay nada más que se pueda hacer. Han acabado por ahora.

—Vámonos —le susurra a su compañero.

—Vendremos con una orden... —musita el agente Maza.

La inspectora le devuelve la mirada a Bosco y trata de sonar relajada mientras le dice:

—Nos veremos muy pronto. Gracias por su tiempo, ha sido de gran ayuda.

*

## Isabel Ferrándiz

Se me acaba el tiempo.

Escucho la despedida y sé que es inminente. También sé que, en cuanto vuelva al dormitorio, me matará. Bosco acabará conmigo.

No sé cómo se librará de mi cuerpo. Puede que acabe donde el de Candela, en ese lago, donde nadie me encuentre.

Sea como sea, este es el fin. Aquí se termina todo.

Intento gritar, pero no sale nada. No tengo voz. Mi garganta está apagada. Forcejeo con la cinta aislante, tratando de mover los labios y hacer fuerza en manos y piernas, pero no funciona. Varias capas me impiden moverme.

Escucho los pasos lentos que van del salón a la puerta principal. Se me acaba el tiempo; cada vez queda menos.

Entonces, con la adrenalina golpeando todo mi cuerpo, impulso mis pies contra el suelo con la poca fuerza que me queda y me preparo para el impacto.

La silla cae hacia atrás. Mi cabeza se golpea contra el suelo. Entonces un pitido agudo y ensordecedor en mis tímpanos da paso a un fundido en negro. No veo nada. El mundo se apaga.

*

Todos escuchan ese golpe. Un sonido cercano, contundente.

Es imposible de ignorar.

Bosco abre los ojos, atemorizado, y lanza una mirada rápida hacia atrás, como si esperara ver a alguien allí. Totalmente desprevenido, desarmado. Frágil, incluso.

En ese pequeño lapso de distracción, la inspectora Morant aprovecha para actuar. Antes de que Bosco les dé alguna excusa barata para sacarles de casa a toda prisa o les ataque, ella se abalanza sobre él.

A la inspectora le cuesta derribarle, porque es un hombre grande y fuerte, pero lo consigue.

Bosco se tambalea y cae hacia atrás. Aunque el golpe en la espalda no es lo que más le duele, sino la derrota.

Mientras forcejean en el suelo, la inspectora ve en su mirada el miedo, y ambos saben en ese momento que es el fin. Que Bosco ha perdido y esto acaba aquí y ahora.

# CAPÍTULO 38

*En la actualidad*
*Domingo, 17 de noviembre*

A la inspectora Morant se le eriza la piel al ver a los periodistas y todas las cámaras apostadas en la puerta de la comisaría. No son ni las siete de la mañana y ya están al pie del cañón, hambrientos de una exclusiva.

Todos los informativos abrirán hoy con el caso de Candela Soto, y la inspectora Morant todavía no entiende cómo demonios se ha filtrado a la prensa. Siempre ocurre lo mismo.

Tampoco esta vez va arreglada para la ocasión. Su melena desaliñada y las ojeras profundas delatan que apenas ha dormido. De hecho, no pega ojo desde que empezó el caso. Quizás, cuando todo termine, consiga dormir más de seis horas seguidas sin la ayuda de suplementos ni pastillas milagrosas.

Ya experta en esquivar preguntas y empujones, logra entrar en la comisaría, a duras penas.

Mientras avanza por los pasillos en dirección a la sala de interrogatorios, donde la espera Bosco de Ulloa, el comisario Sallent aparece de repente y se planta frente a ella, cortándole el paso.

«Qué oportuno...», piensa ella.

—¿No te dije que no la cagaras?

La inspectora Morant se detiene en seco. Ni un «Buenos días» ni un «Buen trabajo», no. Eso es lo primero que le dice.

—¿Perdón? —pregunta ella, confundida.

—¿Me quieres explicar cómo demonios sabe la prensa todo? ¿Quién lo ha filtrado?

—No lo sé —responde ella, encogiéndose de hombros—. Yo, desde luego, no.

El comisario Sallent se masajea la frente con gesto cansado, como si estuviera harto de tratar con tanta incompetencia.

—No sé cómo lo haces, pero siempre me decepcionas. Y eso que nunca espero nada de ti.

Normalmente, la inspectora se tragaría la respuesta y dejaría que la usara como saco de boxeo. Pero esta vez no será así.

—¿Que yo te decepciono a ti? Hay que joderse…

—¿Qué acabas de dec…?

—Ya me has oído —lo corta, firme—. Te pasas la vida amargado y, ¿sabes qué? Me da absolutamente igual lo que pienses.

Dos agentes que pasan por al lado, ralentizan el paso y ponen el oído en la conversación.

La inspectora se percata y, al momento, se crece.

Es su momento de gloria. De acabar de una vez por todas con esos rumores y con esa fama de despechada.

—¿Crees que esas son formas de hablar a tu superior?

—Sí —responde ella, sin trabarse—. Tengo al principal sospechoso esperando a que lo interrogue. Así que, yo diría que estoy haciendo bien mi trabajo. Dime, ¿tú haces bien el tuyo?

Sin darle tiempo a responder, lo rodea, entra en el ascensor a paso ligero y mantiene la misma expresión dura con la que lo ha enfrentado.

Por dentro, una euforia inesperada le recorre el cuerpo. También hay una mezcla de temor y ansiedad. Inevitablemente, lo primero en lo que piensa es que, si la despiden, al menos habrá sido por decirle las cosas a la cara.

Llevaba demasiado tiempo guardándose todo eso. Sienta bien haberlo dicho en voz alta.

Las puertas del ascensor se cierran y, por fin, se relaja. Se permite reaccionar y coger aire. Estar asustada, nerviosa y sorprendida. Asimilar la valentía que ha tenido.

Decide entonces que les pedirá a los de seguridad la grabación de ese momento. Quiere tenerlo en DVD y poder verlo siempre que quiera.

*

Ni siquiera ahora, encerrado en la sala de interrogatorios, Bosco de Ulloa deja de imponer y dar miedo. La inspectora Morant llega a la conclusión de que es como observar a un tigre en un zoo: sabes

que hay un cristal de por medio, pero también sabes que, si se rompe, no tendrías ninguna oportunidad.

—Hace un rato que he pedido un café —dice Bosco en cuanto ella cruza el umbral.

Quizás sea la adrenalina de haberse enfrentado al comisario, pero esta vez la inspectora Morant no se deja pisar.

—Qué lástima, ahora le traigo la hoja de reclamaciones.

La mandíbula de Bosco se desencaja. La mira con una mezcla de sorpresa y desconcierto, como si de pronto no supiera quién es ella ni qué va a hacer con él.

—Señor de Ulloa —empieza ella, imperturbable, mientras toma asiento—, le espera una larga temporada en prisión.

Él la observa boquiabierto, todavía asimilando su entrada y lo que le acaba de decir.

—Cargos por homicidio, ocultación de cadáver... —enumera ella—. Sin hablar de la detención ilegal de la señorita Ferrándiz, y sin tener en cuenta que la ha agredido…

—Perdón —dice él, ladeando la cabeza con una chulería impostada—. ¿Ya han encontrado el cuerpo? Porque puede que Candela siga con vida…

—En España se puede ir a juicio sin cuerpo si hay pruebas suficientes —responde la inspectora, con una sonrisa amplia—. No es usted muy brillante para ser detective privado, que digamos…

Bosco baja las comisuras de los labios. La mira con tedio, esforzándose por poner en práctica su autocontrol.

Mientras esperaba en la sala, Bosco había decidido mostrarse relajado y tranquilo, colaborar en todo lo posible y dar imagen de inocente, pero se le está complicando demasiado.

La inspectora sabe que, si no hubiera cámaras, probablemente ya estaría muerta. Lo ve en sus ojos hambrientos de venganza. Es un tipo peligroso, eso queda claro.

—Ahora mismo están examinando su coche —le explica ella.

Él sonríe y echa la cabeza ligeramente hacia atrás.

—Qué bien, a ver qué encuentran…

—Probablemente nada —admite ella—. Porque sabemos que lo llevó a limpiar al día siguiente. Se tomó la molestia de ir a un taller a casi cincuenta kilómetros de su casa, pero su cara ya circula por todas partes y lo han reconocido.

—Hija de… —murmura Bosco, deteniéndose antes de completar el insulto.

—Tenemos un caso sólido contra usted —sentencia la inspectora, risueña—. La señorita Ferrándiz nos ha contado lo que usted hizo con Candela Soto. A partir de ahora, es solo cuestión de tiempo que los buzos encuentren su cuerpo…

Bosco guarda silencio, buscando una salida que ambos saben que no existe. Se siente derrotado; ya no es un tigre, solo es un felino asustado.

—Le recomiendo una de estas dos opciones —concluye la inspectora, con soberbia—. Confesar, y quizás reducir la condena, o buscarse un muy buen abogado.

# CAPÍTULO 39

*En la actualidad*
*Lunes, 18 de noviembre*

Una fina llovizna empieza a caer sobre el grupo de agentes apostados en la orilla embarrada del lago. Todos observan con gesto torcido el agua gris. Huele a tierra removida y a leña. La incertidumbre también se mezcla en el ambiente.

Los focos portátiles pierden la batalla contra la neblina baja que se traga todo lo que hay a pocos metros de la orilla.

La espera se empieza a alargar demasiado. Los equipos especiales llevan horas buceando en busca de Candela y, de momento, no ha habido suerte.

El agente Maza permanece inmóvil, atento. Lleva veinte minutos esperando novedades; veinte minutos mirando el mismo punto del lago.

La inspectora Morant avanza hacia él entre los coches patrulla mientras se ajusta el impermeable empapado.

—Bueno —dice el agente Maza cuando la tiene cerca—, ya eres una leyenda.

La inspectora Morant planta los pies a su lado y le mira alzando una ceja.

—¿Cómo?

—Todo el mundo sabe cómo le has plantado cara al comisario.

El destello fugaz de una sonrisa cruza el rostro de la inspectora.

—Me alegro —responde ella, irónica—. He roto la maldición.

La lluvia empieza a apretar. Cada vez que hablan, emerge una nube de vapor de sus bocas.

—Oye, ¿qué pasó entre vosotros? —pregunta él, con tacto—. Nunca te lo llegué a preguntar...

—Nunca te líes con tu jefe —dice ella, al fin—. Y mucho menos le creas cuando te diga que se está separando. Porque será mentira.

El agente Maza suelta una risa breve, ahogada por el viento, y asiente, satisfecho con su escueta respuesta.

—Tomo nota.

Acto seguido, un buzo emerge a lo lejos. Todos contienen la respiración, pendientes de lo que haya pasado. Pero el hombre niega con la cabeza y vuelve a sumergirse. Toda la expectación se desvanece en una fracción de segundo.

—¿Novedades? —pregunta ella.

—Están en ello —carraspea—. ¿Cómo ha ido el interrogatorio con Bosco de Ulloa?

—Ha cantado como un loro —explica la inspectora, triunfal—. Solo nos falta encontrarla...

—Enhorabuena.

Pasan unos segundos hasta que el agente Maza revive la conversación:

—Yo he hablado con Isabel Ferrándiz esta mañana —añade—. La tienen en observación en el hospital.

—¿Y bien?

La inspectora se inclina un poco hacia él.

—Me ha contado cosas muy interesantes del pasado de Bosco.

—Sorpréndeme.

—Me ha dicho que quería verte y contártelo en persona...

Antes de que la inspectora Morant pueda responder, un grito rasga la orilla. No es de alarma. Es de sorpresa.

Dos buzos emergen a la vez. Algo oscuro flota entre ellos: es el cuerpo de Candela Soto.

Los dos hombres agitan los brazos en el aire. Es la señal de que la han encontrado. De que la búsqueda ha sido un éxito.

Entonces, todos dan un par de pasos tímidos hacia el lago, entusiasmados con el hallazgo.

La inspectora y el agente Maza se dedican una mirada rápida, casi coreografiada, en la que se transmiten el mismo mensaje: Todo saldrá bien.

# CAPÍTULO 40

## Isabel Ferrándiz

*En la actualidad*
*Lunes, 18 de noviembre*

La enfermera regordeta de los dientes amarillos y la voz de fumadora a juego entra por tercera vez en lo que va de tarde en la habitación.

De momento estoy sola, y es agradable no tener que compartir el mando de la televisión con nadie, aunque me han dicho que seguramente esta tarde me asignen una compañera.

La enfermera sube las persianas para que el sol, casi marchito, llene la estancia. Luego me mira con compasión, con un fuerte instinto maternal en su rostro. Parece que la historia de por qué estoy aquí se ha propagado y todo el personal siente lástima.

Esta enfermera en particular es una de esas mujeres con vocación que saben que han nacido para cuidar a los demás.

—¿Cómo estamos por aquí? —me pregunta, suavizando su voz de fumadora—. ¿Todo bien?

—Aquí estoy —me resigno a contestar, desganada.

—¿Necesitas algo más, corazón?

Ladeo la cabeza, apenada, sin fuerzas. Lo único que quiero es recuperar a Candela, y eso es imposible.

Esta mañana he visto en las noticias que estaban buscando su cuerpo en el lago. He sido incapaz de mirar. Al momento, he apagado la televisión y me he puesto a llorar.

Estoy deseando irme de aquí, meterme en mi cama y dormir hasta dejar de sentirme mal.

Según me han informado a primera hora, están esperando los resultados de algunas pruebas que me han hecho para poder descartar traumatismo o heridas graves. Me van a tener en observación unas horas más porque los golpes en la cabeza, y cito en palabras textuales del médico, son traicioneros.

De todas formas, creo que es la primera vez, desde ayer, que mi cabeza empieza a relajarse. Debe ser cosa de los calmantes.

Entonces mi mente me traiciona y me transporta a ese recuerdo del que soy rehén; del que nunca escaparé.

*

*Un día antes*

*Lunes, 11 de noviembre*

Estamos atrapadas en un silencio prolongado en el que solo se hace notar el ruido de los coches y el trasiego de la ciudad.

—En el fondo —dice Candela, cambiando de tema, con la voz temblorosa—, me gustaría desaparecer unos días y que él viniera suplicando. Que me echara de menos y viera lo que tiene, ¿sabes? Así me valoraría más. Sí, eso estaría bien…

—¡Di que sí! —la animo, sonriente—. Esa es la actitud. Haz que se arrastre…

Entonces Candela sonríe, pero me doy cuenta de que no es sentido. Más bien, se obliga a hacerlo, como si hubiera olvidado cómo se hace y quisiera asegurarse de que aún es capaz.

—Pase lo que pase —le aseguro, poniéndole una mano sobre la suya en señal de afecto—, estoy aquí, ¿vale? No estás sola.

Hago el amago de ponerme en pie, pensando que ya nos vamos, pero ella permanece sentada en su sitio. Parece que hay algo más que necesita decir en voz alta.

—¿Qué pasa?

—Isabel —empieza diciendo—, ¿tú crees que debería dejarlo?

Aunque es mi turno para hablar, tengo la sensación de que Candela no ha terminado con su intervención.

—Eres la única persona con la que he hablado de él —me dice, con un hilo de voz—. Con todo lo que sabes, ¿crees que debería seguir con Bosco? Sé sincera, por favor.

Entonces la miro unos segundos de más. Mi cabeza me ordena que le diga la verdad. Sé que es hora de que le cuente que yo ya

estuve con Bosco y que creo que estará mejor sin él. Que le cuente lo de su exprometida.

Pero no lo hago.

Sencillamente, no soy capaz.

Llevo meses fingiendo que no lo conozco y me prometí a mí misma mantenerme al margen, no dejar que mi pasado con él determine su relación.

Al menos, eso me digo como excusa; en el fondo, es pura envidia. Siempre he sentido envidia de ella, de su éxito, de todo lo que posee.

¿Por qué siempre se queda con todo lo bueno? Encima, no le basta con lo que tiene. ¿También quiere salir con mi exnovio? ¿Por qué se tiene que quedar con algo que es mío?

Bosco me arruinó la vida. Me traumó, me incapacitó para querer y para volver a confiar. Y a mí nadie me avisó. Nadie me advirtió de dónde me estaba metiendo.

Él me rompió el corazón, y el mundo siguió girando. ¿Por qué tendría que avisarla? Ya es mayorcita para saber lo que le conviene. Es su turno de aprender a tomar mejores decisiones y conocer lo que es el verdadero sufrimiento. Saber lo que significa que las cosas no siempre salgan bien.

—Dime la verdad, por favor —insiste Candela—. Necesito que seas sincera. Yo te juro que, digas lo que digas, te haré caso, Isabel.

—Creo que deberías seguir con él —digo, tratando de sonar natural—. Dale una oportunidad. Quién sabe, quizás te sorprenda.

Ella sonríe, pero esta vez de verdad. Ambas sabemos que es la respuesta que quería oír, aunque yo sé que quizás no es la que más le convenga.

—Está bien —dice Candela, poniéndose en pie, lista para marcharse—, te haré caso.

*

Entonces, con la mirada clavada en el techo, revivo ese momento una y otra vez, sabiendo que, de todos los culpables que existen, yo soy la peor.

Yo no la maté, pero la dejé morir.